

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

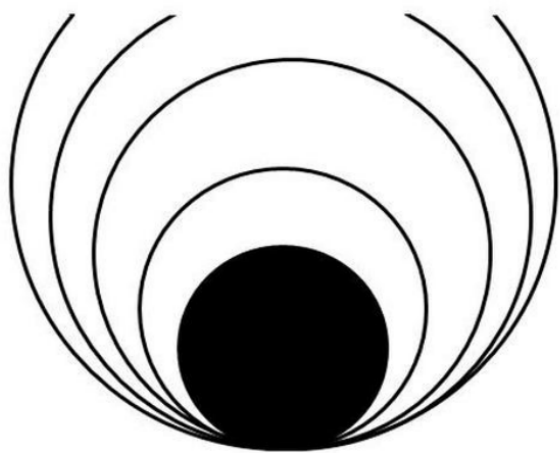
BOLSILIBROS

T POLICIACO

MASCARA PARA EL CRIMEN

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

MÁSCARA PARA EL CRIMEN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1161
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Servicio Secreto

Punto Rojo

Selección Terror

La Conquista del Espacio

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 33.353-1984

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1984

1ª edición en América: mayo, 1985

© Curtis Garland - 1984

texto

© Fabá - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Están buscando mi cuerpo en las aguas del río.

Puedo verles desde aquí, buceando y dragando ese cauce turbio y sucio que serpentea entre los árboles y los cultivos, en dirección a no sé dónde. Es el mismo río que he visto tantas veces desde aquella maldita ventana.

Están seguros de encontrarme. Y me encontrarán, eso me consta.

Darán con el cadáver de Lyman Kearny tarde o temprano, es inevitable. Porque mi cadáver está ahí, en el fondo de ese río. Yo lo sé. Lo sé mejor que nadie. Es cosa de minutos, todo lo más horas, que el cuerpo aparezca y se cierre el caso.

Lyman Kearny dejará de ser buscado por esta región. Los malditos perros dejarán de ladrar en busca de mis huellas, los sabuesos dejarán de rastrear toda la comarca, rifle en mano, a la caza del hombre. La sirena de la penitenciaría dejará de sonar de vez en cuando, anunciando a todos los aledaños que uno de sus huéspedes de honor anda suelto y se ha convertido en una amenaza para la vecindad.

Sí. Tienen que dar con mi cadáver. Tienen que dar con él cuanto antes... Sólo entonces podré respirar tranquilo, intentar dormir unas horas. Y, sobre todo, escapar de aquí, salir de esta odiosa comarca donde todo el mundo me busca. ¡Es tan fácil dar con el «bello» Kearny! Nunca me gustó ser guapo. Nunca me agradó que mis vecinas me dieran cachetes y besos y ponderaran a mi pobre madre cuán hermoso era su hijito. Me empezó a gustar un poco cuando nuestras criadas se turnaban en acostarse conmigo cuando yo sólo tenía diez años, y cuando las chicas de la escuela se dejaban seducir a los doce, y no tenía rival para las conquistas.

Eso siguió de mayor, gracias a mi físico, y acabó por aburrirme. Ser guapo sirve de poco. Pude haber sido un *playboy* bien pagado, pero nunca me gustó vivir de las mujeres, y menos aún de las

entradas en años, por atractivas que sean. Desprecié ese medio de vida y elegí otro tal vez peor.

Por eso acabé donde acabé. Allí tampoco me servía de nada ser guapo. Quisieron cortarme la cara tres veces. Las tres veces fracasaron. Lyman Kearny puede ser guapo, pero lo que no fue es idiota. Los tres tipos que lo intentaron recibieron una buena. Me gané su odio, pero también su respeto y su temor. Otros me ayudaron en ese tiempo, entre las odiosas rejas de la penitenciaría. Siempre ha sido así. El «guapo» Kearny dicen que tiene gancho para ganarse amigos y esbirros. Y también para conseguir enemigos. Los peores enemigos del mundo, diría yo.

Maldito sea, ¿es que aún no han dado con mi cadáver esos patosos? Los perros ladran endiabladamente, les están indicando dónde pueden dar con mi cuerpo. Y ni por ésas.

Claro que con las recientes lluvias, el agua está muy turbia y sucia. No se debe ver nada ahí, en lo más hondo del río. Los hombres rana no consiguen dar con el cuerpo todavía...

Empiezo a cansarme. Tengo frío. Y sueño.

¿Qué haré cuando salga de aquí? No lo sé aún, la verdad. Lo primero, naturalmente, salir de esta región,irme lejos, muy lejos. Luego... Bueno, luego será difícil. Esta maldita cara mía es como para desesperarse. Imaginen ustedes a Robert Redford o a Ronald Reagan intentando pasar inadvertidos. Es imposible. Pues ése es mi caso. Sólo que dicen que yo me parezco más a Robert Redford que al antiguo actor y ahora Presidente, pero en versión más morena. Es posible, nunca me he parado a considerarlo. Los espejos no me gustan, aunque tenga fama de guapo. Yo no soy la madrastra de Blancanieves, la verdad.

¿Qué es eso? Los perros ladran furiosamente. Alguien ha gritado algo. Está haciendo señas... Un hombre-rana sale del río gesticulando. Sí, parece que sí. Esta vez, sí.

Han encontrado mi cadáver en ese sucio río.

Lo están sacando ya. Lo arrastran fuera de las aguas, lleno de lodo y de matojos húmedos y viscosos del fondo. Debió engancharse en alguna parte. Es muy visible incluso desde aquí el color gris de sus ropas, ese maldito y feo gris de los uniformes carcelarios. Ahora se inclinan todos sobre él, los perros husmean constantemente. Deben estar comprobando que lleva mi número. El 3217. El número

de Lyman Kearny.

Eso sólo puede convencerles en parte. Son muy listos. No se fían de las apariencias. Tratarán de comprobar que es mi cuerpo. Claro que la cabeza poco puede decirles. Está tan destrozada...

Mi reloj, mi anillo, puede que sirvan para convencerles un poco más. En el fondo, desean que sea yo, que sea mi cadáver. La policía se sentirá muy aliviada. No es grato admitir el fracaso, pregonar que el peligroso Kearny está suelto por ahí, que fracasaron tanto en retenerle entre rejas como en recuperarle tras la evasión, y pasarse día y noche recorriendo el condado y el Estado entero en pos de mi persona.

Así, borrón y cuenta nueva. Asunto zanjado oficialmente. Lyman Kearny escapó de la penitenciaría y se mató en su fuga. Su cuerpo ha sido hallado en el río, tal y como los mastines anunciaban en su rastreo. Las ropas, las joyas, todo es de él. Tal vez llamen a unos cuantos para identificar el cuerpo en la Morgue. Los más estarán dispuestos a jurar que era yo para que no les molesten más. Si alguno duda, preferirá decir que sí y largarse cuanto antes. Y si alguien sabe que ese cuerpo no es el mío, se apresurará a decir que sí lo es, para no meterse en líos con Lyman Kearny. Es lo bueno de tener mi fama. La gente le teme a uno y no quiere meterse en jaleos. Vivo o muerto, soy un tipo temido por muchos. Si al menos quedaran convencidos los que tienen que estarlo... Pero de eso no estoy ya tan seguro. Ésos son huesos duros de roer. No se fían de las apariencias, no creen en nada que no sea seguro y sin posibilidades de error.

Al diablo con ellos. Ya lograron lo que querían. Me metieron en aquel infierno, ¿no? Pensaron que me quedaría allí durante una eternidad, hasta morir de viejo. O que la pena de muerte que aún pesa sobre mí, llegaría a cumplirse un día, pese a la campaña de abolición de la pena capital que existe aquí últimamente y que mantiene congeladas casi una docena de sentencias.

Pues no. Ahora, oficialmente, soy un cadáver encontrado en un río. Lyman Kearny, el preso 3217, está muerto. Muerto y destrozado. Esos polizontes dispararon sus armas contra una sombra, en plena noche. Creyeron volarle la cabeza con unas cuantas balas de esas que revientan cuando están dentro de la carne de uno, malditos sean.

Oyeron caer un cuerpo al río, temieron que se lo llevara la corriente, pero lo encontraron apenas iniciadas las tareas al amanecer, y eso zanja el asunto de modo definitivo. Un tipo alto, atlético, pelo moreno, rostro reventado a balazos, uniforme de presidiario, con un reloj que lleva en su tapa posterior de oro la dedicatoria «A mi Lyman querido, de su Betsy», y un anillo con las iniciales L. K ¿Qué más se puede pedir? ¿Quién dudaría de que esa jauría de hombres y de perros ha cumplido con su deber eficazmente, poniendo fin a la carrera de un peligroso criminal sentenciado a muerte de la penitenciaría?

Al diablo con ellos. Ya he visto lo que quería. Mis ropas de ahora no serán olfateadas por los perros. Ellos ya tienen lo que deseaban, creen haber encontrado a su hombre, y eso les basta. Mientras alguien no me vea la cara, por todos los diablos... Soy demasiado conocido, mi rostro es excesivamente peculiar para pasar inadvertido. Infernos, ¿por qué tuvo mi madre que parirme guapo? La gente pasa indiferente junto a los tipos feos; nadie se fija en ellos. Y ése, por desgracia, no va a ser mi caso.

Creo que es hora de alejarme de aquí haciendo el menor ruido posible. Que se queden con su cadáver, con su aparente victoria. Yo, a poner tierra por medio, que es lo único que puedo hacer. Y a no dejar que vean demasiado mi rostro...

Ahí os quedáis, amigos. Vosotros, sucios polizontes, vosotros, malditos perros de presa... Y tú, pobre amigo desconocido, muerto de algún infarto en un camino, al que utilicé para engañar a mis perseguidores como quien utiliza un muñeco...

Una barba de tres días y unas gafas de sol no son demasiado disfraz para evitar ser reconocido, y menos aún teniendo un rostro excesivamente popularizado. Pero no tenía otra cosa que elegir, y tuve que conformarme con eso.

Por fortuna, contaba con un elemento favorable: la creencia general de que Lyman Kearny había muerto en un río, cerca de la penitenciaría del Estado, cuando intentaba escapar al cerco policial.

Busqué el único lugar posible donde poder ocultarme con ciertas posibilidades de éxito: la ciudad. Era el punto más cercano y también el más seguro para mí, por paradójico que ello pudiera resultar. En un lugar pequeño hubiera destacado de inmediato. Mezclado entre tanta gente, la cosa cambiaba por completo.

Además, en la ciudad estaba la clave de todo. De mi propia vida, de mi pasado.

Tal vez también de mi futuro. Al menos, ésa era mi única, leve y remota esperanza. Por eso había escapado de la cárcel. Por eso había luchado tanto y estaba dispuesto a luchar todavía más. No quería morir. No quería pasar el resto de mis días en una celda.

Nunca me gustó Chicago. Pero aquí trabajaba y aquí ocurrió todo. Tenía que volver, fuese como fuese. Y aquí estaba ya, dispuesto a desentrañar la oscura madeja en que me había visto envuelto sin apenas darme cuenta, hasta despertar súbitamente con la soga al cuello, como si hubiera sufrido una espantosa pesadilla de sangre y de muerte, de la que no lograba entender aún los detalles.

Claro que entonces era fácil sentirse confuso. Yo bebía. Bebía mucho. Demasiado. Era un alcohólico, un borracho incorregible. El alcohol embota los sentidos, deforma la realidad. No sé si es ésa su mejor virtud o su peor defecto.

Pero ahora yo no bebía ya ni gota. Había perdido esa costumbre en la penitenciaría. De algo, cuando menos, había servido el encierro durante siete interminables meses. Lo había pasado mal, muy mal. Y de repente, me encontré curado. Ya no ansiaba tomar cualquier licor, no me volvía loco por una copa, incluso habían logrado que la cerveza me repugnase. Nadie podría imaginarse, fuera de aquellos muros, a un Lyman Kearny sereno y sobrio. Ciertamente, no las personas que conocieron bien al anterior Kearny.

Deambulaba por la ciudad sin rumbo fijo. Lloviznaba y soplaban un frío aire húmedo procedente del lago. Las manos en los bolsillos, la cabeza baja. Un frasco de tinte adquirido en un villorrio me había servido para teñir mis cabellos y cejas de un ridículo color oscuro que disfrazaba aceptablemente el tono rubio de mi pelo, aunque la tintura se veía a la legua. El traje no me venía nada bien, porque no tuve la suerte de encontrarme ninguno a la medida en aquella granja donde me detuve a quitarme los harapos del pobre diablo a quién hallara muerto en el camino, y cuya cabeza destrozó más tarde un rifle de la policía al asomarla entre los arbustos junto al río, en plena noche, tratando de desorientar a los agentes que me acosaban.

La ropa de ahora no era mucho mejor, pero tampoco era tan

desastrosa como para despertar las sospechas de algún policía de patrulla. Debía evitar por todos los medios ser parado en la calle. No poseía documentación alguna, no podía justificar mi presencia en Chicago sin que los policías sospecharan de mí. Y eso daría al traste con todo el asunto. Había demasiados funcionarios policiales en Chicago que conocían mi cara. También mucha gente la conocía, sin pertenecer al cuerpo policial. No en vano se está apareciendo por la televisión local durante dos años anunciando coches de segunda mano para Paul Kaminsky, o ejerciendo actividades de relaciones públicas para la cadena de hamburgueserías Weepy's.

Llevaba poco dinero encima, para más complicación, ya que sólo pude hurtar una cantidad insignificante a un tipo dormido junto a mí en el mismo autobús que me condujo a la ciudad. La suma en total no pasaba de veinte dólares, aunque el hombre en cuestión llevaba por entonces más de doscientos en la cartera. Pero nunca me ha gustado robar, ni siquiera para sobrevivir. Robé, pero el mínimo posible para defenderme unos días o unas horas en Chicago; eso fue todo.

Procuré eludir los lugares que mejor conocía, por miedo a encontrarme con alguna persona que pudiera identificarme, pero mi rostro era mi peor enemigo y aun así debía evitar que nadie reconociera en mí al Lyman Kearny popular y admirado. Si es que aún quedaba alguien que admirase a un tipo acusado de asesinato en primer grado y condenado a la pena capital.

Al arreciar la lluvia me metí en un cine de sesión continua. No tuve mucha suerte, porque sólo exhibían películas de «porno» duro, y yo llevaba casi diez meses sin ver a una mujer salvo en fotografías. Soy un tipo bastante frígido y soporté la prueba estoicamente. Incluso logré echar de mi lado a una fulana que se acomodó allí con la sana intención de aliviar un poco mi tensión sexual en la oscuridad de la sala. Sin duda conocía bien su oficio, pero a mí me producía más bien asco recurrir a ciertas cosas, y la eché en cajas destempladas. La furcia se largó dos filas más arriba echando pestes, y poco después oía jadear a un tipo que sin duda debía de estar pasándolo bastante bien.

Cuando salí del local había dejado de llover y era noche cerrada. Los luminosos daban a las calles esa animación artificiosa que siempre tiene la ciudad nocturna, y me sentí más seguro en aquella

atmósfera de neón, parpadeos fluorescentes y escaparates atractivos. Desde uno de ellos, como sangrienta paradoja, me sonrió mi propia imagen junto a una atractiva rubia de grandes senos que degustaba una hamburguesa en el cartel, con la leyenda tradicional de la casa: «¿Quieres comer lo más nutritivo y apetitoso? Nunca olvides a Weepy's». Bajé la cabeza todavía más, y eché a andar deprisa, ansiando comer un bocado de cualquier cosa en un sitio que no fuese de la cadena Weepy's ni remotamente.

Me sentí mejor tras meter en mi vacío estómago unas salchichas calientes, con mostaza, y un vaso de naranjada. Y me dispuse a hacer algo más que deambular por ahí y andar ocultándome de la policía. Después de todo, yo había vuelto a Chicago para algo. Y tenía que hacerlo, por arriesgado que fuese.

De modo que fui a ver a mi cuñada Dolly.

CAPÍTULO II

—¡Jesús! —Fue todo lo que dijo Dolly Carpenter al verme.

Y se desmayó.

Tuve que llevarla a un sofá, tenderla allí y darle un sorbo de *brandy* entre los labios. El olor del licor me repugnó y cerré de inmediato la botella. En otra ocasión, me hubiera bebido la mitad sin respirar.

Esperé a que volviera en sí. Lo hizo en breves instantes, para fijar en mí sus ojos, muy azules y grandes, y darse cuenta de que yo había tapado su torso con una toalla. A Dolly le gustaba siempre deambular por su casa en *top-less*, no sé si porque le gustaba el nudismo o porque sabía que tenía los pechos más grandes y firmes que jamás he visto, y le encantaba lucirlos aunque sólo fuera para sí misma. Ese detalle anatómico debía de ser un rasgo familiar, porque mi esposa también había tenido un busto exuberante y magnífico.

—No puede ser... —jadeó—. Lyman... Estás muerto. Lo dijo la televisión, lo leí en los diarios...

—Ya lo sé —sonreí desganado—. ¿Tengo aspecto de ser un espíritu burlón?

—No podría jurarlo —confesó, sentándose en el sofá, sin importarle que la toalla volviera a caerse, dejando que sus prominentes pechos me apuntasen como dos proyectiles de grueso calibre—. Si fueras realmente Lyman Kearny, te hubieras bebido ya esa botella de *brandy*...

—Veo que te has recuperado —reí, incorporándome—. Y tápate esas bonitas tetas, por favor. El que sea tu cuñado no te da patente de corso para lucirlas ante mí. Recuerda que llevo casi un año sin tocar a una mujer.

Se tapó de inmediato con una especie de blusa transparente que, en realidad, no ocultaba nada y la hacía todavía más provocativa.

—Eres mi cuñado, recuérdalo —me avisó—. Mi hermana fue tu

esposa...

—¿Y qué? —Gruñí—. Eres hermana de ella, no mía.

—Tú nunca me buscaste a mí, Lyman. Y a mí me gustabas ya antes de ser su marido.

—Debe ser porque soy un tipo chapado a la antigua. Hay cosas que me parecen feas. Acostarme con la hermana de mi mujer es una de ellas.

—Pero ahora Jane ya no existe —replicó con repentina calma, mirándome fijamente.

—No, ya no existe. ¿Sigues pensando que yo la maté?

—No sé qué pensar aún. Pero yo nunca dije que tú la mataras.

—Lo pensabas, sin embargo, ¿no?

—Al principio, sí. Todo te acusaba: tu borrachera, el hecho de que ella te engañara, tu carácter violento, tu amor por ella...

—¿Amor? —Reí con cinismo—. La odiaba, Dolly. Lo descubrí demasiado tarde.

—El amor y el odio pueden matar por igual, Lyman.

—Lo sé. Ni siquiera yo mismo podría jurar que no lo hice. Recuerdo vagamente que deseaba matarla. Pero estaba demasiado borracho para eso. Además, dudo que hubiera tenido suficiente valor para hacerlo. Ella ni siquiera merecía eso.

—No hables así, Lyman. Era mi hermana. Y está muerta.

—¿Y qué? —Me irrité—. También yo podría estar muerto, si eso de la pena de muerte no estuviera en discusión en este Estado. Y todo porque un terco policía, un buen fiscal y un puñado de testigos enemigos míos se empeñaron en que Lyman Kearny era un asesino impulsado por los celos, la pasión y el alcohol. Que Jane haya muerto no la disculpa de todo. Fue una pérdida, tú lo sabes. Nos engañó a todos.

—A mí no del todo —confesó lentamente Dolly, paseando por la estancia—. La conocía demasiado bien para creerla sincera por completo en sus cosas. Era ambiciosa y poco honesta. Hubiera hecho cualquier cosa por dinero.

—Ya. Y Phil Jagger tenía suficiente dinero para bañarla en oro, ¿no?

—Ambos sabemos que sí. Phil Jagger tiene suficiente de todo para hacer lo que le venga en gana: dinero, influencias, poder...

—¿Me lo dices a mí? Gracias a él fui a presidio a esperar el

último paseo...

—Tal vez creía de veras que tú mataste a Jane. Estaba loco por ella, es evidente.

—También pudo ocurrir que él la matara y yo fuese la mejor cabeza de turco que tenía a mano.

—¿Matar Jagger a Jane? —se asombró Dolly—. ¿Por qué motivo, Lyman?

—No sé. Tal vez celos. Igual que me engañó a mí, pudo engañarle a él.

—Jane no se hubiera arriesgado a perder a un tipo como Jagger, a menos que el propio Rockefeller la cortejara. Esa teoría no parece tener consistencia, Lyman.

—Quizá. Pero cada vez estoy más seguro de que yo no la maté. He reflexionado mucho, he ahondado en mi cerebro. El psiquiatra de la cárcel era un buen tipo. Me ayudó bastante. A dejar el alcohol y a pensar, a penetrar un poco en mí mismo.

—De modo que ya no bebes.

—Ni una sola gota, Dolly.

—Eso me alegra. Dime, ¿cómo pudiste engañar a la policía? Ese cadáver que encontraron... —Me miró con repentino recelo.

—No pienses mal. Era un vagabundo que encontré muerto en la carretera, víctima de algún infarto o cosa parecida. Lo usé como señuelo, y esos salvajes le volaron la cabeza. Le vestí con mis ropas y le puse mis cosas, eso fue todo.

—Ya. ¿Y qué piensas hacer ahora? Esta ciudad es dinamita para ti.

—No me hago ilusiones. Pero tenía que volver.

—¿Para qué? Puedo ocultarte un tiempo aquí, pero eso no arreglará las cosas. Cualquier vecino puede verte. Y tienes un rostro demasiado popular...

—Maldita sea, ya lo sé. No vine en busca de asilo, Dolly, sólo de ayuda.

—Dime lo que necesitas. Tengo algo de dinero...

—Préstame cincuenta o sesenta dólares. Bastará de momento. Es sólo un préstamo, recuerda. Tengo una cuenta corriente que no puedo rescatar, pero conseguiré dinero, eso seguro.

—Cuenta con ese dinero. Pero necesitas algo más para evitar problemas: un sitio adonde ir que sea lo bastante seguro...

—Creo tenerlo —reí—. Hay una vieja amiga que me acogerá gustosa. Y en donde ella vive, nadie hace preguntas ni nadie ve a nadie.

—¿Una fulana?

—Algo así. No se puede escoger en mi situación. Confío en ella, y eso basta.

—Podrías elegir mejor —insinuó ella poniendo cierta picardía en la voz—. Un par de días aquí no será peligroso. Quédate conmigo, Lyman.

—Ya sabes lo que te dije antes. Me gustas bastante, pero no puedo olvidar que eres su hermana. Seguramente no sabría resistir la tentación de vivir contigo bajo el mismo techo.

—¿Y qué? —me desafió—. Tal vez no te iba a reprochar, cuñado...

—Por eso —reí—. Dame ese dinero, querida. Será lo mejor.

—Como quieras —se mordió el labio, disgustada, y echó a andar hacia el fondo de la vivienda—. Te daré cien dólares. Es lo mejor que necesitarás de momento. Claro que a lo mejor esa fulana te ayuda también económicamente...

—No soy un chulo, Dolly. Sólo un tipo en apuros.

—Perdona. No debí decir eso —la oí responder desde su alcoba.

Regresó con cinco billetes de veinte, que puso en mis manos apretándole los dedos con fuerza. Estaba tan cerca que los pechos me rozaron el brazo y sentí su dureza y opulencia. En momentos así, a uno le cuesta recordar lazos familiares políticos. Y ella contaba con eso, evidentemente.

—Gracias —dije. Me incliné y besé su boca fugazmente, despegándome de su peligroso contacto—. Volveré a verte en cualquier momento, preciosa.

—Hazlo, querido —me rogó, acompañándome a la salida—. Y cuídate mucho. ¿No puedo saber dónde te esconderás por el momento?

—No —negué—. Es mejor que lo ignores, por si acaso. No sabiéndolo, tampoco te podrá sonsacar nadie.

—¿Quién crees que pretendería hacer tal cosa? —se sorprendió Dolly.

—No sé. Tal vez algún viejo amigo poco crédulo. Hay gente en esta ciudad que se sentirá muy feliz sabiéndome muerto. Pero que

tendrá sus dudas sobre si lo estoy o no en estos momentos. Recuerda que confié en un buen amigo ciegamente, y a la hora del proceso me traicionó por completo.

—¿Te refieres a Bruce Cochran?

—Al mismo, sí —afirmé gravemente—. Bruce Cochran. Parecía un leal amigo. Y declaró contra mí, a favor de la acusación, echando una paleta más de tierra sobre mi tumba. Maldito sea...

—¿Por qué haría una cosa así? También yo pensaba que iba a ayudarte mucho...

—Me lo he preguntado durante todos estos meses. Allí sobraba tiempo para pensar, ¿sabes? —La miré, pensativo, ambos de pie en el pequeño vestíbulo de su apartamento—. Sólo se me ocurrió una razón: nuestra pequeña sociedad en común. Es posible que fuese más próspera de lo que parecía, y ahora él es el dueño de todo, no lo olvides.

—Oh, cierto, tonta de mí —convino, mostrándose repentinamente perpleja—. El negocio de aquel pequeño bar en Cícero... Ya no es lo que era. Se ha convertido en un lucrativo club nocturno. Pensé que lo habría traspasado o cedido a alguien...

—De modo que eso, ¿eh? El pequeño bar y el almacén vecino... Era de un tipo que no quería arrendarlo ni venderlo. Pero Bruce andaba tras ello, decía que un club nocturno en esa zona sería negocio, pero necesitábamos el almacén. Debió lograrlo y ha hecho lo que quería. Sólo que la mitad de ese maldito negocio sigue siendo mía, le guste a él o no.

—¿Cómo piensas reclamarlo? ¿Yendo a la policía? —sonrió irónicamente Dolly.

—No. A mi manera —encajé las mandíbulas y me miró preocupada—. Es tarde, debo irme ya. Cuídate mucho.

—Eso, tú —rió ella—. Sé cuidarme bien, no temas. Aunque Jane era la hermana mayor, siempre supe valérmelas por mí misma sin necesidad de su protección ni la de nadie.

—Estaba seguro de ello. ¿Sigues trabajando en Lucy's?

—Sí. Al menos es un trabajo decente, y eso no abunda en esta ciudad ni en ninguna otra para una chica como yo. Ahora soy modelo publicitaria y me gano la vida muy bien.

—¿Sin amor?

—Sin amor —respondió, guiñándome un ojo—. Al menos,

nada serio. Porque tú no quieres, claro.

—Adiós —abrí la puerta rápidamente—. No podría soportar muchas tentaciones más, querida cuñada.

Abandoné el lugar casi a la carrera, temiendo que el recuerdo de la visión de aquellos pechos de mujer fuese más fuerte que mi voluntad. Hubiera jurado que tenía algo de fiebre al pisar la calle, pero yo sabía qué era lo que producía el aumento de temperatura, qué diablos.

—Y ahora, a dar unos cuantos paseos por ahí —suspiré, plantado bajo la luz parpadeante de un anuncio—. A ver a unas cuantas personas que ya no cuentan conmigo.

Sheree se conservaba bastante bien. Ya había dejado atrás la treintena bastante tiempo antes, pero era una chica de buen ver todavía, y esos diez meses no la habían estropeado en absoluto. Seguía teniendo sus curvas donde debía, y éstas continuaban siendo lo mismo de rotundas y firmes que antes.

No llegó a desmayarse, como Dolly, pero poco le faltó. Se quedó sin aliento, me miró como a un fantasma, y luego rompió a llorar, presa de la histeria. La dejé hacer, tranquilizándola con el simple hecho de encender un cigarrillo. Que yo sepa, los fantasmas no fuman. Yo sí, porque ése era un vicio que ningún psiquiatra del mundo podrá quitarme jamás.

Cuando le hube contado mi historia, le faltó tiempo para ofrecermé su casa, su cama y su persona. Yo acepté todo eso porque lo necesitaba. Esa noche dormí a pierna suelta, pero no sin antes demostrarle a la complaciente Sheree que no en vano había pasado diez meses sin tocar a una mujer.

—Siempre fuiste todo un hombre, querido —me confesó antes de dormir—. Pero nunca imaginé que llegaras a tanto...

Me dormí con ese elogio en sus labios, sintiéndome seguro por primera vez en mucho tiempo. Al día siguiente, al despertar, estaba ya el sol muy alto en el cielo, y sobre una mesa humeaban unos deliciosos huevos con jamón junto a una jarra de café y unas tostadas. Sheree, además de ser toda una hembra en la cama, era toda una mujercita en su casa, no había duda de ello.

Se sentó a verme comer porque ella ya había almorzado mucho antes. Y entonces me dijo algo que constituía toda mi preocupación hasta ese momento:

—Hay que hacer algo con esa cara, Lyman. Es demasiado conocida para que andes por ahí ni siquiera de noche. Sería como llevar un cartel colgado del pecho anunciando: «Yo soy Lyman Kearny y estoy reclamado por asesinato. Deténganme».

Asentí despacio, saboreando los huevos y el jamón.

—Eso se dice fácilmente, pero ¿cómo evitarlo? —dije—. No tengo otra cara, Sheree, para bien o para mal. Con ella me ganaba la vida. Ahora es mi peor enemiga.

—Tendrás que ir pensando en dejar de ser guapo por el resto de tus días —sugirió con sencillez.

La miré, enarcando las cejas. Confieso que no la entendía.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Vas a rompérmela tú o enviarás a algún gorila para que lo haga y me deje irreconocible?

—Ni una cosa ni otra. Existen métodos más suaves de cambiar una cara. ¿Has oído hablar de algo llamado cirugía plástica?

Infiernos, era algo tan simple como elemental. Y nunca se me había ocurrido, tal vez porque siempre pensé que eso era cosa de las viejas películas de *gangsters*, y ahora no estábamos en los años veinte.

—Cirugía plástica... —repetí. Moví la cabeza afirmativamente—. Sería una solución, claro. Pero eso vale mucha pasta, querida. Demasiada para un tipo como yo.

—Tal vez exista un medio. Tengo una amiga que se operó la nariz y la mandíbula. Antes era un adefesio. Encontró un cirujano que le cobró un precio muy razonable. Si la ves ahora, no podrías creer que fuese tan fea. Es otra mujer.

—¿Qué es para ti o para esa amiga un precio razonable? —dudé.

—Una suma al alcance del bolsillo. Incluso pagó el resto a plazos. El doctor necesitaba clientela y hacerse un nombre. Ella se arriesgó, y la cosa resultó bien.

—Eso era entonces. Ahora a lo mejor ese médico ya tiene clientela y nombre. Y eso encarece mucho las tarifas, Sheree, lo sé por experiencia.

—Probar no cuesta nada. Esa amiga mía me dará el nombre y señas del cirujano.

—En cuanto me vea sabrá quien soy yo. Y avisará a la policía. Con esta cara no puedo engañar a nadie.

—¿Cómo crees que mi amiga conoció a ese cirujano? A través de

un conocido suyo que distaba mucho de trabajar legalmente. Tenía problemas. Pudo abandonar el país gracias a una intervención quirúrgica de ese tipo. De modo que ese cirujano no debe ser demasiado riguroso en ciertas cosas.

—Asesinato es algo más que una fea palabra. La gente teme mezclarse en cosas así.

—De todos modos, hay que intentarlo. Todo será preferible a seguir así, Lyman.

Confieso que ella tenía razón. Me convenció de momento. Y quedamos en que obtendría ese nombre y esas señas lo antes posible.

—Mientras localizas a tu amiga, tengo algo que hacer —manifesté—. Visitar a un viejo amigo.

—Ten cuidado. No cometas errores. Podrían costarte caros. Creí que venías para permanecer oculto aquí.

—Y así será. Pero debo ver a alguien. Es un asunto importante para mí. Si las cosas son como creo, podríamos conseguir el dinero suficiente para pagar a ese médico, querida. Además, recuerda que oficialmente estoy muerto. Nadie me busca.

—Ojalá siga siendo lo mismo en el futuro —suspiró ella, preocupada—. No me fío de tus amigos. Y tú tampoco debes fiarte de nadie.

—No tienes que recordármelo —reí—. Ya me fié una vez. Y mira lo que pasó.

—¿Tienes alguna sospecha? ¿Crees saber quién mató a tu esposa?

—Ni la menor idea. Pero a lo mejor asustando a ciertas personas, alguien comete una tontería y se delata.

—O te llevan a ti una trampa.

—Todo podría ser. Hay que correr el riesgo, querida. Bien mirado, sólo existe un medio de demostrar mi inocencia en la muerte de Jane: encontrar al verdadero asesino. Y eso no es tarea fácil, créeme.

No salí de su casa hasta oscurecer. Estaba empezando a llover de nuevo, con más intensidad que la noche anterior, y dejé a Sheree arreglándose para salir. Aunque su oficio era el más viejo del mundo, mientras yo estuviera en su casa iba a mantenerse alejada de su trabajo. Esta noche vería a la amiga que debía facilitarle el

nombre del cirujano en cuestión.

Me encaminé a Cícero directamente. Tenía algunos asuntos que resolver con un tal Bruce Cochran, antiguo socio mío al cincuenta por ciento en el negocio de un pequeño bar, convertido ahora en club nocturno.

Dolly tenía razón. El local había cambiado mucho.

Ya no era el pequeño y angosto bar con el almacén en desuso al lado. Todo ello formaba ahora un solo negocio: el Golden Club, sala nocturna. Casi me conmovió captar la fidelidad de mi exsocio para ciertas cosas. Seguía conservando el nombre que yo di al pequeño bar, pero aplicado a su flamante y al parecer próspero negocio.

Un portero con lujosa librea, bañado en dorada luz del parpadeante y luminoso frontal, atendía a una numerosa hilera de clientes que entraba en el recinto. Pensar que muchos de aquellos dólares que tan fácilmente entraban en la caja de Cochran me pertenecían con todas las de la ley, logró disipar toda posible reticencia en mí. Había invertido parte de mis ahorros en aquello, y ahora ese granuja se embolsaba todo para él. Empezaba a comprender por qué declaró contra mí en el juicio.

No tenía la menor intención de entrar en el club por la puerta grande. Rodeé el edificio, recordando dónde tenía el almacén una puerta lateral. Acerté en mis cálculos. Ahora era la puerta de servicio que daba acceso a las dependencias del negocio.

Estaba abierta y daba directamente a unas cocinas. Un par de empleados giraron la cabeza para mirarme. Uno de ellos avisó con cara de pocos amigos:

—Eh, está prohibido entrar aquí. Y usar esa puerta, amigo. Lárguese.

—No hay cuidado —advirtió con aplomo—. Soy amigo del patrón. Busco a Bruce.

—¿Bruce? ¿El señor Cochran? —El otro torció el gesto, mirándome receloso—. ¿De veras es amigo suyo?

—Más que eso. Somos como hermanos.

—Es raro. Creí que los amigos del señor Cochran vestían mejor.

—Yo soy de pueblo —reí—. Nunca me gustó ser un maniquí, muchacho.

—Está bien, pase —señaló con el pulgar hacia una puerta oscilante—. Le encontrará ahora en la sala. Está actuando Vivian,

de modo que no creo que falte en estos momentos.

Y rió entre dientes, coreado por su compañero, que limpiaba copas y vasos en una pila.

Yo seguí hacia la sala, preguntándome quién sería la tal Vivian.

Tuve la respuesta al entrar en el club por la parte posterior, cruzándome con dos impecables camareros cargados con bandejas, que me miraron como los lacayos del palacio de Buckingham pueden mirar a un mendigo que pase ante la verja.

Vivian, desde luego, era algo fuera de serie. Rubia platino, posiblemente artificial, pero no por ello menos espectacular, cosa de sesenta pulgadas de pecho, caderas mareantes y una facilidad pasmosa para desnudarse pieza a pieza sin perder compostura ni elegancia. Había visto a muchas fulanas haciendo *strip-tease*, pero ninguna con la gracia y señorío de aquella rubia. Cuando se bajó el *slip*, en medio de siseos y murmullos de aprobación, comprobé que tenía el trasero más blanco y rotundo que jamás había visto en mi vida.

La ovación fue de gala, y la chica lo merecía. Rápidamente cubrió su desnudez con unas gasas mucho más insinuantes y provocativas que el propio desnudo, sonrió al público con deliciosa sensualidad, y se retiró por los cortinajes de terciopelo rojo carmesí del fondo de la sala. Me volví hacia donde sonaban los aplausos más estruendosos y me encontré con Bruce Cochran, tal y como había imaginado.

Tenía todo el aspecto de ser un tipo feliz. Además, su cara resplandecía de placer y de algo mucho más turbio, como pudiera ser el deseo, la sensualidad, la lujuria. No había duda de que la risita de sus empleados estaba más que justificada. Mi exsocio se deshacía por la tal Vivian. Tuve que aprobar su buen gusto aun a mi pesar. Que se le cayera la baba ante aquel ejemplar de mujer no tenía nada de raro. A mí me hubiera ocurrido igual, de no tener otras preocupaciones en la cabeza.

Me acerqué a él con lentitud, me puse a sus espaldas y, súbitamente, aferré su brazo izquierdo y se lo torcí a la espalda en una llave rápida y dolorosa. Contuvo un alarido mientras la orquestina iniciaba los compases de un tema de Bob Marley y la gente salía a la pista a bailar. Le susurré junto a oído, sin que pudiera volverse a causa del intenso dolor:

—Cuidado, amigo. Una voz a destiempo y te rompo el brazo antes de partirte la cabeza. Tengo poco que perder, lo sabes. Echa a andar hacia tus oficinas, como si fuese lo más normal del mundo. No me obligues a ser duro contigo, hermano.

Le oí jadear, mientras su brazo crujía pegado a la espalda. Masculló algo parecido a esto:

—Kearny... No puedes ser tú... Es tu voz, pero tú... tú estás muerto...

—No te fíes, Bruce —reí—. Los muertos pueden romperte la crisma en cuanto te descuides. ¡Adelante, pronto! Y que nadie se dé cuenta o serás tú el difunto.

Eché a andar como si tuviera tortícolis, pero entre la penumbra de la sala y el recuerdo de los pechos y el trasero de Vivian, nadie se fijó en nada. También cruzamos la cortina carmesí mientras él se mantenía rígido y soltando jadeos que hubieran ablandado a una piedra, pero no a Lyman Kearny.

Cuando llegamos fuera de la vista de los demás, a un corredor curvo, iluminado con lívidos tubos de luz azul, se volvió a mirarme y yo aflojé un poco la presión sobre su brazo por si le rompía el codo.

—Dios, eres tú... —se quejó amargamente, torciendo el gesto. Tenía la cara del color de la ceniza, pese a que habitualmente lucía un saludable y fuerte bronceado, producto de los rayos ultravioleta. Su faz se contrajo como si fuese de goma, al tiempo que jadeaba—: No sé cómo estás vivo, pero suéltame, por el amor de Dios. Vas a hacerme astillas el brazo, Lyman. Sabes que nunca he sido muy fuerte...

—Pues lo disimulas muy bien. Aquí parecen alguien.

—No me refería a eso, sino a mi fuerza física. Lyman, dijeron que estabas muerto, varias personas fueron a identificar tu cadáver...

—¿Tú entre ellas?

—No, no. Yo, no. Pero sé que estuvieron en aquel pueblo el teniente Dashwell, el propio Phil Jagger...

—El teniente Dashwell... —Me estremecí al recordar a aquel tipo de homicidios, de pies planos, rostro aplastado y nariz peluda. Un sádico que disfrutaba pegando en los interrogatorios. Aún me dolía el estómago y me daban calambres en los testículos cuando

recordaba sus patadas tras haber intentado a tortazo limpio que confesara mi crimen y llamarle yo «bastardo polizonte macarra». Antes de conocerle, pensaba que no había policías así, pero mi arresto me había enseñado muchas cosas. Le dediqué tres o cuatro insultos antes de concluir—: Ese hijo de perra me las pagará algún día. ¿Me identificó en la Morgue?

—Claro. Y Jagger también. Iban a llamar a tu cuñada, esa chica, Dolly. Y a mí. Pero entonces acudió al depósito Pamela Gordon y confirmó la identificación. No hizo falta más.

Pamela Gordon. El nombre me recordó algunas cosas. Era una fulana rica, gorda y enjoyada que gustaba de acostarse con mujeres. Una asquerosa lesbiana dominante y varonil. Pero había sido la patrona de Jane durante años. Ella trabajó en su agencia de publicidad como modelo para los *spots* de televisión hasta su misma muerte. Nos conocíamos los dos. Me odiaba y la odiaba. Me despreciaba y la despreciaba. Un día la sorprendí intentando meter mano a Jane. La llamé unas cuantas cosas que no le gustaron, y ella me llamó a mi marica. Bueno, no me ofendió. Si algo no he sido nunca, es precisamente eso. Ella no podía decir lo mismo.

Y la tal Pamela Gordon, me había identificado también. Me preguntaba hasta qué punto quienes creyeron ver a mi persona en aquel cadáver, estaban convencidos de lo que decían. Pero eso podía esperar. Ahora era Cochran quién contaba. Lo tenía ante mí y los fluorescentes azules le daban aire de cadáver viviente.

—Vamos a tu despacho —ordené secamente—. Será mejor para ti, Bruce, socio.

—Claro, claro —rió él forzado, sujetándose el brazo con gesto de dolor—. Seguimos siendo socios, como en los viejos tiempos. Compré al viejo Murdock el almacén, ya ves.

—Sí, ya veo. Has montado un bonito negocio, Bruce.

—Es nuestro, Lyman —se apresuró a decir caminando delante de mí, tan envarado como un pingüino, parecido que acrecentaba su impecable *smoking*—. De los dos.

—Claro, claro. Como buenos hermanos siempre, ¿eh, socio? ¿Ganas mucho?

—Psé, todavía no, no mucho. Ya sabes, los gastos, las inversiones, los impuestos...

—Oh, cierto, muy cierto. Pero aun así tendrás una pasta para mí,

imagino.

—Desde luego. Si la quieres ahora mismo...

—Muy gracioso. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué me la ingreses en la cuenta de la penitenciaría? He venido a por dinero en metálico, no a por talones ni promesas, Bruce.

Subimos una escalera hasta una especie de altillo con una puerta que él abrió con la llave que sacó de su bolsillo. Yo estaba muy atento por si en vez de la llave se le ocurría sacar un arma, pero no cometió esa estupidez.

Entramos en el pequeño recinto, repleto de libros de contabilidad, folletos, facturas, y con una caja fuerte al fondo, empotrada en la pared. En el otro muro, una fotografía del viejo Golden Bar me trajo recuerdos pretéritos. Él y yo apoyados en la puerta, sonriendo como dos bobos. Me dije que estaba yo ahora más viejo de lo que pensaba. Diez meses de cárcel son peor que diez años de libertad, pensé.

—Ya ves, socio —dijo enfático, señalando la fotografía—. Como entonces, ¿eh? Yo no olvido nunca a los amigos...

—Pues no se notó en el juicio. Me echaste encima todos los perros, Bruce.

—El fiscal me enredó, palabra —se quejó, mirándome compungido—. Nunca pensé que me manipulara así, te lo juro. Yo intenté ayudarte...

—Está bien, te creo. A veces tengo imaginación para eso y para mucho más, Bruce. Vamos, la pasta. Supongo que me corresponderá una buena suma de todo esto, a cuenta de mi parte en el negocio.

—No, Lyman, no. Te aseguro que no es así. Examina las cuentas y verás que...

—No tengo tiempo de hacer de contable. Dame el dinero, y basta. Lo que me toque y algo a cuenta de futuros beneficios, por si tardamos en vernos.

—Te aseguro que apenas tengo nada... —se quejó de nuevo.

—Abre esa caja y veremos... socio —le espeté con sarcasmo—. ¿O quieres que te obligue?

—No, no, espera —tomó otra llave del mismo llavero y abrió, tras mover la combinación de la caja. Era evidente que lo hacía a disgusto, pero lo hacía. Cuando tiró de la puerta metálica, vi varios fajos de billetes. Y todos eran de cincuenta y cien.

—Pues no está tan mal para pasar tantos apuros, muchacho — comenté.

—Te explicaré, Lyman. Hay dinero ahí de nóminas, de pagos urgentes... Pero ven otro día y te tendré preparada una suma para ti.

—Lo malo es que tengo prisa y no sé qué día podré volver por aquí —dije apartándole y yendo a la caja sin perderle de vista—. De modo que veamos lo que hay. Sólo me llevaré la mitad. Como socios al cincuenta por ciento, ¿recuerdas?

—¿La mitad? —Palideció—. No, cielos, no puedes hacerlo...

—¿No? Verás como sí.

Saqué el dinero. A ojo de buen cubero calculé que había unos cinco mil dólares. Separé dos fajos de mil y otro de quinientos y me los embolsé. Era un peso agradable en el bolsillo, la verdad. Cochran estaba más muerto que vivo viendo bajar su fortuna de aquel modo.

—Me arruinas, Lyman —gimoteó—. Es demasiado dinero... No puedo darte tanto...

—¿No? —Enarqué las cejas, mirándole irónico—. Pues ya me lo has dado, socio. Sólo es a cuenta de mi parte, recuerda. Sigo siendo el socio de esto. Es mi dinero el que estás usando, recuérdalo. Y aún no me han enviado al infierno.

En ese momento se complicaron las cosas. Y mucho.

La puerta del despacho se abrió. Apareció un tipo ancho, recio, con aspecto de gorila, al que el *smoking* sentaba peor que si hubiera sido King Kong. Se quedó mirando con ojos porcinos en una cara brutal y estúpida hacia nosotros dos. Y entonces, mi estimado socio gritó con voz potente:

—¡Duro con él, Solly! ¡Es un maldito ladrón, un pillo que viene a esquilarme! ¡Dale fuerte y acaba con él! ¡Yo avisaré a la policía!

Cochran se precipitó al teléfono y doscientas cincuenta libras de carne y huesos se precipitaron sobre mí como una mole devastadora, emitiendo gruñidos de bestia herida.

CAPÍTULO III

En la crispación del momento, o tal vez llevado por su ciega confianza en la eficacia de su guardaespaldas, Bruce Cochran había debido olvidar que yo era un buen practicante de artes marciales antes de darme a la bebida. Y que quien tuvo, retuvo siempre algo, incluso ante un salvaje del peso fuerte como el tal Solly.

Cuando el tipo confiaba en hundirme una de sus pesadas zarpas en el hígado y la otra en la cara, se encontró con que sus enormes puños velludos zumbaban hendiendo el aire, pero nada más.

Me dejó al aire su propia humanidad, sin defensa alguna. Es lo malo de los tipos que lo fían todo en la fuerza. Se olvidan de que el cerebro existe para algo.

Ver sus flancos descubiertos y atacar a mi vez, fue todo uno. Con la diferencia de que yo sí le aticé a fondo en hígado y abdomen, haciéndole emitir dos gruñidos de dolor y sorpresa. Trató de rehacerse y me buscó como un toro furioso. Yo disparé mi pierna izquierda y le solté un puntapié escalofriante en la mandíbula. Su hueso crujió como si fuera hecho de galleta, puso los ojos en blanco, y cuando quiso mantener el equilibrio y contraatacar, se encontró con mi mano plana, en forma de tajo, pegándole de refilón en el cogote. Como fulminado por un rayo, su mole se desplomó a mis pies, soltando un resoplido que parecía capaz de deshincharle.

Me volví muy a tiempo y arranqué de manos de Bruce el teléfono, llevándomelo por delante con cordón y todo. Él chilló, aterrado, temiendo que yo le matase. No sé si cuando menos le hubiera dejado la cara hecha un mapa, de no ser por la tranquila voz de mujer que avisó en ese punto:

—Si se mueve le dejo seco, amigo. Y le aseguro que sé manejar este chisme.

Me volví hacia la puerta del despacho, que de repente había empezado a resultar sumamente concurrido. La rubia platino, la tal

Vivian de los pechos estupendos y el trasero blanco estaba allí. Sólo que vestida con un traje de noche negro, muy ceñido y descotado, empuñando una pistolita de calibre 22, de esas que se venden para mujeres caprichosas, niqueladas y con cachas de nácar. Pero tan capaces de agujerearle a uno la piel como una más fea y de mayor calibre.

Estaba encañonándose y tenía una expresión mucho más fría que cuando exhibía sus formas al público. Opté por alzar los brazos para no darle el pretexto de apretar el gatillo.

—Está bien, encanto, no se precipite —sonreí—. De momento, usted gana.

—Lo sé —repuso glacialmente—. Es usted quien debe recordarlo por su bien.

Solly se estaba empezando a poner en pie como si acabara de perder el título de los grandes pesos en el *ring* por KO. Ni siquiera sabía dónde estaba. Cochran tragó saliva, aliviado, y Vivian miró despectiva al gorila.

—Dile a Solly que salga y avise a la policía —habló la rubia con gran firmeza—. Ese saco de músculos no sirve para dialogar con nadie.

Bruce asintió, dándole la orden a su guardaespaldas. Éste dirigió una mirada aviesa hacia mí y abandonó el despacho como un simio al que acaban de abrir la jaula.

Nos quedamos solos los tres. Mi exsocio, la rubia nudista y yo. Y la pistola, claro.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora, mientras llega la policía? —indagué.

—De momento, soltar el dinero que te llevaste, hijo de perra —me espetó Bruce sin ningún acento amistoso propio de un buen socio—. Luego, te voy a patear los testículos y te voy a entregar al teniente Dashwell para que te zurre la badana hasta dejar esa bonita cara de maniquí afeminado hecha un mapa. ¿Te gusta el plan, bastardo?

—No mucho —me encogí de hombros con una risita—. Pero al menos, ahora veo tu verdadera cara, hermano. Menudo socio me cayó en suerte... Eres un cerdo asqueroso.

Cochran se sentía muy valiente cuando había algo apoyándole pistola en mano. Me disparó su mano y me cruzó la cara con tal

fuerza, que sentí brotar la sangre de mi nariz, salpicando mis ropas y los papeles de la mesa. Luego el muy puerco se ensañó clavándome la rodilla en las ingles. El dolor me hizo sentir mareo y todo dio vueltas a mi alrededor.

—¡Quieto, Bruce! —gritó Vivian con energía—. ¿Qué piensas hacer? ¿Aprovecharte de la situación pegándole a un hombre indefenso? No me gustan esos modos. Espera a que llegue la policía. Él te entregará el dinero sin oponer resistencia, ¿no es cierto, señor?

—Claro, Vivian —sonreí, dominando mi dolor como mejor pude. Dirigí una mirada asesina a Cochran, que jadeaba lleno de odio—. Usted es una mujer con clase. Algún día le devolveré este favor que me hace al impedir que ese hijo de mala zorra haga de mí un despojo. ¿Sabes mi nombre?

—No, ni quiero saberlo —declaró ella en tono despectivo—. No espero que tenga que devolverme nada. Me limito a obrar según mi conciencia.

—¡Ese tipo es un asesino, Vivian! —bramó Cochran con voz sorda—. Sería capaz de matarnos a ambos si tú soltaras ese arma un solo instante... Mató a su propia esposa de un balazo en la cabeza.

—Ahora ya lo sabe —suspiré—. Soy Lyman Kearny.

—¡Kearny! —Ella dilató mucho sus ojos. Eran de un verde gris muy atractivo, pese a la maldita pistola—. Creí que había muerto...

—Eso creen muchos —reí—. Soy duro de pelar.

—Lo supongo. No todo el mundo es capaz de darle una paliza a Solly Graham —y sonrió vagamente, lo que me complació.

—Vamos, Lyman, el dinero —exigió, amenazador, Cochran—. Dámelo. Y sin trucos.

No pensaba hacer truco alguno. Él mismo me dio la idea. Sentirme amenazado por Vivian no era tan malo. Pero esperar que llegara el teniente Dashwell de un momento a otro era lo peor que podía imaginarse. Decidí recurrir a trucos, aun a riesgo de que a la platinada se le disparase el arma.

Saqué el primer fajo de billetes y lo puse ante Cochran. Luego me dispuse a sacar el segundo. Él se confió, alargando su mano ávida hacia el flamante fajo. Incluso la propia Vivian se distrajo un segundo. Era más de lo que yo podía esperar.

Esta vez, cuando volví a sacar la mano del bolsillo, no llevaba billete alguno. Sólo calderilla, monedas de medio y de un dólar, que

arrojé a la cara de él y de la rubia violentamente.

Ella gritó y su pistolita de juguete se disparó.

Por fortuna, la lluvia de monedas había desviado su mano y la bala pasó muy alta sobre mi cabeza, con un zumbido que se unió al seco estampido sordo de la pistola. Me precipité sobre ella y fue cosa de niños torcerle la muñeca un poco y arrancarle el arma.

Ella gritó de nuevo, insultándome. En el forcejeo, se desgarró el único tirante de su negro vestido, y se le escaparon los pechos del mismo, bailoteando ante mí con firmeza, vibrantes y duros. Me quedé mirándolos mientras cubría a ambos con el arma.

—Así está mejor —sonreí—. No debiste darme la idea, socio.

—¡Es usted un cerdo! —jadeó Vivian, tocándose la muñeca dañada y mirándome con gesto colérico, sin que pareciera importarle que sus senos estuvieran a la vista, desnudos y blancos.

—Posiblemente, señorita. Pero no tanto como Bruce. Yo no sería capaz de ensañarme ahora con él, aunque lo merece. Y menos aún dañarla a usted. Perdone si le causé algo de daño en su brazo, no tuve otro remedio. Recuerdo que sigo en deuda con usted.

—Extraño modo de demostrarlo —comentó ella secamente.

—No hay otra salida, compréndalo. Debo irme ahora de aquí. Como le dije antes, soy Lyman Kearny. Condenado a la pena capital por asesinato. No maté a mi esposa, pero es difícil probarlo, ¿sabe? También he sido socio de este puerco de Cochran, y él usa mi dinero para enriquecerse con este negocio. Lo que hoy me llevo sólo es una parte de lo que se me adeuda —recogí el fajo de nuevo y lo guardé en el bolsillo con los demás, ante la mirada iracunda de Bruce—. Ahora debo dejarles. Pero antes tomaré precauciones para que no empiecen a gritar y me detengan antes de irme.

Tomé las llaves de Bruce y encerré a ambos con llave en su despacho antes de salir corriendo hacia la salida. Lo último que recordaba es la mirada, entre curiosa e interesada, de la resplandeciente Vivian, al cerrar yo la puerta y dejarles dentro. Quise imaginar que el hecho de no bajar tanto como Bruce en mis modales al convertirme en dueño de la situación, me había hecho ganar algún punto ante ella.

Abandoné el local sin ver por ninguna parte a Solly, tal vez inmerso en la tarea de contarle algo medianamente coherente a la policía, y corrí a una cercana parada de taxis para tomar uno y

alejarme cuanto antes de aquel lugar que muy pronto iba a estar demasiado candente, con el teniente Dashwell y sus polizontes merodeando por allí.

No era mi noche de suerte. Cuando me disponía a llamar un taxi que se aproximaba, se detuvo un resplandeciente Cadillac verde ante el local nocturno, y la portezuela se abrió, comenzando a salir alguien del vehículo. Verme y lanzar un grito fue todo uno.

Luego, antes de que yo pudiera reaccionar, hurgó un instante en la guantería y me amenazó con una pistola automática.

—¡Quieto ahí, Kearny! —rugió—. ¡Sabía que no eras aquel cadáver de la Morgue, presentía que estabas vivo, maldito asesino! Aquí se ha terminado tu carrera.

Le miré, sin saber qué hacer. Era Phil Jagger, el rico amante de mi difunta esposa Jane.

Mi peor enemigo en aquella ciudad, si es que había alguno peor que otro.

Si siempre había odiado a Phil Jagger, ahora ese sentimiento mío rozaba casi la paranoia, mientras su maldita mano no temblaba un ápice apuntándome con su pistola, que no era precisamente de juguete. Yo sabía que él era un gran tirador, como era un gran automovilista o un experto navegante. Los que tienen tanto dinero como él, se pueden permitir toda clase de lujos y deportes.

—Vamos, vamos, Kearny, levante los brazos por encima de su cabeza, bien altos, donde yo pueda verlos —me advirtió secamente—. Sabe bien que si me da el menor motivo para ello, le meteré una bala en el cuerpo.

—Es usted un asqueroso hijo de perra —le repliqué sin obedecer—. Primero me quita la mujer, luego la asesina y ahora quiere liquidarme a mí.

—Las manos, Kearny, o le vuelo la cabeza —silabeó. Y añadió con una risita—: Tengo entendido que es usted a quién buscan por haber matado a Jane, no a mí. Yo no tenía el menor motivo para hacerlo. Era mía. Usted los tenía todos, como los tipos de su condición.

Eso me enfureció. No porque anduviera ahora Jane por medio. Hacía tiempo que dejé de pensar en ella y su muerte o sus devaneos me tenían ya sin cuidado. Creo que fue el modo despectivo de marcar diferencias de clase entre él y yo.

Aquel bastardo cargado de dinero era un insufrible fanfarrón. Y quise ver hasta dónde era capaz de llegar.

—No voy a entregarme a usted, Jagger —solté las palabras como escopetazos, empezando a moverme hacia él—. Y usted no se atreverá a disparar.

—¿No? —arrugó el ceño, mirándome fríamente—. No haga la prueba, Kearny.

La hice. Seguí avanzando hacia él e insistí:

—No disparará, Jagger.

Y vaya si disparó.

Apretó el gatillo como quien no quiere la cosa. Vi llamear su pistola, que detonó en la calle como un áspero ladrido. De inmediato sentí una especie de quemadura en el hombro izquierdo. Miré de soslayo y vi desgarrada la chaqueta. Por el roto brotó algo de sangre y noté una especie de caliente escozor en la piel.

—Sólo fue un rasguño —avisó—. Pude haberle matado. No me obligue a hacerlo.

Estaba todavía más furioso ante su imperturbable calma.

Y le obligué a hacerlo. Me tiré encima de él cuando menos podía esperarlo. Volvió a disparar el muy puerco.

Por fortuna, esta vez la bala solo silbó a escasas pulgadas de mi cabeza, de un modo bastante desagradable. Nunca estuve seguro de si falló el tiro o no intentó matarme. Lo cierto es que caí sobre él, le metí la rodilla en la boca del estómago y el puño en la cara. Sentí cierta satisfacción al verle inclinarse con la boca torcida, mientras brotaba sangre de su aplastada nariz. Antes de que pudiera reponerse, le había doblado violentamente el brazo, haciéndole soltar el arma. La automática rebotó a mis pies y me agaché para recogerla con rapidez, mientras le tiraba contra el coche de un zurdazo que me hizo ver las estrellas en el rasguño del hombro.

Varios transeúntes se habían apresurado a correr lejos de nosotros al sonar los disparos, y el portero del club emitió unos agudos sonidos con un silbato. La cosa empezaba a ponerse fea para mí.

Dejé que Jagger se rehiciera, encogido contra la portezuela de su lujoso Cadillac, y corrí calle abajo como si me persiguiera el diablo. Fue un error. Sin duda ya el cerdo de Solly había logrado comunicar con la policía allá dentro, en el Golden Club. Vi aparecer un

patrullero haciendo parpadear la roja luz de su capota y emitiendo el desagradable sonido de la sirena.

Pegué media vuelta y corrí en otra dirección, metiéndome en un callejón inmediato demasiado estrecho para ser recorrido por un coche patrulla. Alguien me dio el alto, pero yo no le hice caso. Oí pisadas a mi espalda y sonaron dos disparos. Las balas pasaron cerca, porque su silbido me rozó los oídos.

Llegué a Central Avenue antes de que los policías pudieran darme alcance, y subí a un taxi que pasaba, aplicando el cañón del arma de Jagger al cuello del taxista. Los ojos de éste me miraron aterrados a través del retrovisor.

—Ni una pregunta, amigo —gruñí—. A toda prisa lejos de aquí. Si oye las sirenas de la policía haga como si no las oyera o será lo último que perciba en su vida. Haga lo imposible por escapar de ellos, porque si nos dan caza usted será el primero en caer. ¡En marcha!

El pobre diablo arrancó a toda velocidad, lanzándose avenida adelante en dirección a Irving Park Road, en el norte de Chicago. Respiré hondo sin quitarle la pistola de la nuca, y mirando atrás por la ventanilla posterior. Aún no nos perseguían. Los agentes que iban en pos mío habían debido dar la vuelta para subir al coche patrulla e iniciar la persecución.

Por fortuna aquel tipo sabía lo que era un volante. Cuando llevábamos solamente diez minutos de carrera por la ciudad, no había ni el menor rastro de los coches policiales.

—Gracias, amigo, es suficiente —dije, presionándole con el cañón del arma—. Déjeme aquí mismo. Acaba de sacarme de un buen atolladero.

—El mío vendrá luego, cuando me detengan —gimió el taxista—. Seguro que han tomado la matricula cuando iniciaron la persecución...

—Les convencerá fácilmente de que iba bajo amenaza. Saben que voy armado, no tema nada —el taxi se detuvo. Yo abrí la portezuela y, antes de bajar, guardando el arma en mi chaqueta, puse un billete de cincuenta dólares sobre el asiento, al lado del sorprendido conductor—. Esto por las molestias y el susto, amigo. Sepa que en ningún momento traté de hacerle el menor daño. Sólo traté de asustarle.

—Pues lo hizo, señor —resopló, mirándome con perplejidad—. Lo hizo y bien...

Le dejé con su propina y su asombro, y busqué otro taxi en una cercana parada, al que di la dirección de Sheree. Volvimos a rodar hacia el sur, donde vivía mi protectora y amiga. Miré mi hombro. Ya no sangraba, pero dolía bastante.

Al bajar del taxi, vi luz en el piso. Eso significaba que Sheree había regresado ya de su correría nocturna en pos de la amiga a quién debía pedirle el nombre del cirujano. Recé porque fuera así. Ahora ya era difícil moverse por la ciudad con mi cara de siempre. Jagger me había visto, sabía que vivía. También Cochran, su guardaespaldas Solly y su rubia y curvilínea Vivian. Demasiada gente. Estaba por otro lado el teniente Dashwell, aquella especie de bestia sádica con licencia para pegar mamporros dolorosos a todo sospechoso que cayera en sus manos, haciendo mangas y capirotes con los derechos constitucionales y todas esas zarandajas que todo el mundo menciona y casi nadie respeta. A estas horas el teniente debía de estar bramando de cólera, tras la burla en la persecución automovilística de aquella noche. Ni en sueños deseaba estar en sus garras un solo minuto.

Subí al piso y utilicé la llave que ella me diera, para entrar sin hacer ruido ni llamadas que despertaran la curiosidad de sus vecinos. Cerré la puerta, oyendo la televisión en el *living*. El programa se había terminado y el zumbido de la pantalla cubierta de parásitos resultaba molesta.

—Eh, Sheree, ¿te quedaste dormida? —pregunté mientras caminaba hacia el *living*—. Ese televisor no necesita estar ya abierto...

No me contestó. Tal vez estaba en la ducha, pensé, y ni me oía a mí ni al receptor de televisión. Cuando asomé al *living*, la pantalla del aparato me saludó con sus azulados guiños intermitentes. La apagué, buscando con la mirada a Sheree.

—Por todos los diablos, ¿dónde te has metido? —inquirí.

Y me dispuse a ir hasta la ducha, para sorprenderla posiblemente tan vestida como Eva en el paraíso. No llegué a dar más de un paso en esa dirección.

Sheree no estaba en la ducha. Sheree estaba en el *living*, allí mismo, conmigo. A menos de cuatro pasos de mí. Sólo que no podía

oírme. Ni verme.

Estaba tendida en el suelo, tras el sofá. El teléfono aparecía descolgado, oscilando como un péndulo en el aire. Ella yacía boca arriba, la cabeza algo ladeada hacia la derecha. Tenía un agujero feo y oscuro en su sien izquierda. De él había brotado un largo y delgado reguero de sangre que ahora estaba seca. No hacía falta ser el forense para saber que estaba muerta. Sus ojos vidriados, muy dilatados, se fijaban en el techo, tal vez en ninguna parte.

Me quedé mirándola estúpidamente. Sin hacer nada. Sin pensar en nada. Sin reaccionar para nada.

Sheree estaba muerta. De un balazo en la sien.

Alguien la había matado en mi ausencia. Y yo me sentía culpable de ello.

CAPÍTULO IV

Colgué el teléfono tras comprobar que no comunicaba con parte alguna. Estaba usando mi mano protegida por el pañuelo, para no dejar huellas. Ya era bastante tener un crimen sobre las espaldas para ahora añadirle otro. Si sabían que yo estuve allí con ella, tendrían al sospechoso ideal para colgarle el sambenito una vez más.

Si en la muerte de Jane pude tener alguna duda por estar esa noche más borracho que una cuba y no tener idea exacta de lo que pude hacer, en este caso no había la menor duda. Yo era inocente. Yo no maté a Sheree.

Alguien lo había hecho, pensé mientras la contemplaba tristemente y me agachaba junto a ella para bajarle piadosamente los párpados y dulcificar un poco aquella terrible mueca de terror y de sorpresa que asomaba a su rostro. Tenía ya algo fría la piel. Me estremecí al recordar lo cálida que era tan sólo unas horas antes.

—Mi pobre amiga... —murmuré roncamente—. El bastardo que te hizo esto lo pagará. Lo pagará muy caro, te lo juro.

Era estúpido decir eso porque ella no podía oírme, pero hacerlo me alivió en parte, como si diera rienda suelta a una fría ira contenida dentro de mí y que me hacía mucho daño en esos momentos.

Ella no se merecía un final así, pensé con una contracción penosa en mi estómago. Era una buena chica. Capaz de ayudar a cualquier, incluso a un acusado de asesinato evadido de la penitenciaría, sin pedir nada a cambio. Con una vida difícil y nada edificante, pero que era su vida, a fin de cuentas. Nadie tenía derecho a quitársela así, brutal, ferozmente. Me pregunté por qué lo habrían hecho. Y la única respuesta que se me ocurrió es que ella debía de saber algo que no convenía a cierta persona o personas.

¿Algo sobre Jane Kearny? ¿Algo sobre su auténtico asesino?

Quizá...

De repente lo vi. Estaba casi tapado por el cenicero, junto a su bolso, abierto y desparramado por la mesa de centro. Era una pequeña tarjeta de visita. La tomé con cuidado y la llevé a la luz. Leí lo que decía en ella:

Leslie W. Cox
M. C. and Surgery

Luego, una dirección, un teléfono. Agité la tarjetita, pensativo.

—Leslie W. Cox —recité—. Doctor en Medicina y Cirugía. Es su tarjeta. Sheree lo consiguió, pobre amiga...

Guardé la tarjeta, preguntándome si el asesino habría concedido alguna importancia a aquella cartulina. Me dije a mí mismo que tal vez no, o la tarjeta hubiera desaparecido antes de llegar yo.

Recorrí la casa por si había algo en ella que pudiera denunciar mi presencia en la misma antes o después de la muerte de Sheree. Tras borrar algunos puntos de posibles huellas en el recibidor y en el dormitorio, me dispuse a salir del apartamento cuanto antes.

Empezaba a ser un poco tarde. Fuera, en la calle, sonaron sirenas de coches de policía, acercándose al lugar. Contemplé el cadáver de Sheree, preocupado.

—Alguien les ha llamado —me dije—. Tal vez el propio asesino...

Aquello quemaba. Otra vez estaba en apuros, y no siempre iba a tener la misma suerte para escapar de la policía. De modo que valía más marcharse de allí de inmediato, por un lugar que no fuese aún controlado por los agentes.

Salí del apartamento y subí por la escalera, sin usar el ascensor, hasta la última planta. Los coches se estaban deteniendo ya ante la casa. Al salir a la azotea, entre antenas de televisión, capté el reflejo de los guiños de sus luces en el cielo nublado y en las vidrieras de cercanos edificios.

Agazapado, me deslicé por la azotea, en dirección a un edificio vecino. Tuve que salvar una valla metálica para pasar a la casa inmediata, y de allí a otra me vi obligado a salvar un angosto patio, cuyo vacío de siete u ocho pisos se abrió a mis pies durante medio segundo como un riesgo cierto y terrible. Así logré distanciarme lo

suficiente de la edificación donde tenía Sheree su apartamento, y luego bajé a la calle, al otro extremo de la manzana, como si tal cosa. Cuando me alejé calle arriba, vi a varios agentes uniformados rodeando la casa y sus alrededores.

Una vez más había salvado lo peor. Pero empezaba a sentirme como inmerso en una tupida tela de araña de la que cada vez era más difícil evadirse. Dos mujeres habían sido asesinadas, y ambas muertes podían serme achacadas a mí. Tal vez la misma persona mató a Jane y a Sheree.

De modo que sólo tenía un camino para intentar demostrar mi inocencia: encontrar a aquella persona.

Con mi cara eso era prácticamente imposible. No podría dar un paso por Chicago sin ser reconocido de inmediato. O mucho me equivocaba, o los diarios publicarían al otro día toda clase de fotografías de Lyman Kearny.

Había llegado el momento de confiar en aquel médico y tratar de cambiar de rostro. Necesitaba una máscara cuanto antes. Una máscara de carne tras la cual ocultar mi verdadera identidad.

Y eso sólo podía dármelo una persona en aquella ciudad: el doctor Leslie W. Cox.

Sheree había dicho que cuando el doctor Cox operó a su amiga, estaba necesitado de prestigio y de dinero. Por las apariencias, las cosas continuaban lo mismo. Bastaba con mirar la fachada de la vieja casa de ladrillos, superviviente del antiguo Chicago, en una zona tan modesta como era Yates Boulevard, para comprender que las cosas seguían sin irle demasiado bien al cirujano.

Por un momento, sentí miedo. ¿Y si no era tan bueno como decía Sheree? ¿Y si convertía mi cara en un amasijo informe o en una especie de monstruo estirado y rígido, como a mí me ha parecido siempre Michael Jackson, por muy feliz que él se sienta con su nueva cara?

La idea me alarmó, pero de inmediato quedó neutralizada por otra mucho peor: si no cambiaba pronto de rostro, mis días estaban contados. Y ahora por doble asesinato.

Eso me decidió. Entré en el edificio rojo oscuro, macizo y feo, tomando el ascensor hasta la octava planta, donde figuraba el nombre de Leslie W. Cox en una placa de latón bastante bruñida. Tal vez no tuviera dinero, pero al menos parecía pulcro. Y eso ya

era algo, sobre todo para quien tenía que ponerse en sus manos incondicionalmente.

Contemplé pensativo la puerta vidriera que se abría ante mi tras pulsar el llamador por dos veces. Luego, me quedé casi sin aliento.

—Pase, señor —invitó con voz suave la enfermera que me abría—. La hora de consulta está a punto de empezar.

No supe qué contestarle. No supe hacer nada, salvo contemplarla. Aquello era todo un ejemplar de mujer. No sabía aún si el doctor Cox era tan bueno como decían con el bisturí en la mano, pero eligiendo enfermeras era un genio.

La joven que acababa de abrirme la puerta era pelirroja, llamativa y sumamente atractiva. Tenía unos ojos verdes increíbles, una boca carnosa y bien dibujada, una nariz breve y graciosa. Y un tipo que quitaba el habla. La bata blanca no hacía sino realzar la firmeza de unos senos jóvenes y agresivos como pocos, la esbeltez de su figura, dotada de curvas donde tenía que estarlo. Me dije que si ella era la encargada de anestesiarme durante la operación, estaba dispuesto a que el doctor Cox hiciera de mi lo que quisiera, incluso darme el rostro de Quasimodo.

En vez de decirle todo lo que estaba pensando, contesté como un idiota:

—Gracias, señorita. Ignoraba las horas de consulta. Me envía un cliente del doctor y es la primera vez que vengo.

—Lo supongo —sonrió, pero su sonrisa era fría y profesional nada más—. Sígame, se lo ruego. Habrá que rellenar su ficha.

—¿Ficha? —La palabra no era de mi gusto—. Bueno, creí que ese trámite podía pasarse por alto, señorita...

—Todos los clientes tienen su ficha —sostuvo con energía, mientras caminaba delante de mí a través de una vacía antesala más bien modesta, hacia un cuarto blanco y aséptico, donde había una mesa despacho, varios ficheros y una blanca puerta de acceso a otra estancia, sin duda la destinada a consultorio médico.

Aquella chica no entendía nada, pensé. Pero no era ella quien debía entenderlo, sino su jefe, el doctor Cox. Me hizo sentar ante la mesa, se acomodó detrás de ésta y me preguntó mi nombre y dirección, mientras tomaba una tarjetita azul y un bolígrafo.

La di unas señas falsas y un nombre más falso todavía, esperando poder aclarar las cosas con el doctor Cox en persona. Ella

anotó con parsimonia y luego me miró.

—¿Cuál es su caso concreto, señor Scott? —me preguntó.

—La cara —dije.

—¿La cara? —Enarcó las cejas—. No veo nada especial en ella que deba rectificarse. Es usted un hombre bastante guapo para necesitar cirugía plástica.

Casi me hizo enrojecer. Tenía un modo peculiar y directo de mirarle a uno. Me moví inquieto en la silla. Y hablé con impaciencia:

—Verá, señorita. Mi caso es muy especial. No se trata de que sea feo o deje de serlo. Es que necesito otro rostro, eso es todo. Deseo ver cuanto antes al doctor Cox para exponerle los hechos con claridad. Usted, temo que no entiende nada de nada.

Ella se golpeó los labios con la extremidad de su bolígrafo, calculadoramente, lanzó un suspiro y me contempló con un cierto destello malicioso en las verdes pupilas.

—Es usted quien no entiende nada, señor Kearny —me espetó—. Yo soy el doctor Cox.

La lámpara era muy blanca y muy brillante. Resplandecía sobre mí, me deslumbraba.

Cerré los ojos, fatigado por aquel raudal de luz. Ella recomendó suavemente:

—No debe intentar permanecer despierto, Kearny. Trate de relajarse. Será mejor para la anestesia.

—¿Va a operar ya? —pregunté con una voz que me costó identificar como mía.

—Cuanto antes mejor —asintió—. ¿Qué le ocurre? ¿Tiene miedo?

—Claro que lo tengo —gruñí.

Ella se echó a reír. Yo parecía ser un paciente divertido.

—Eso es humano —dijo—. Todo el mundo tiene miedo en momentos así. ¿Teme quedar feo?

—Eso me tiene sin cuidado. Lo que quiero es quedar distinto. Pero el método no acaba de gustarme.

—No hay otro. Los disfraces pasaron de moda. Creo que nunca hubo gente que pudiera engañar a otra con pelucas, postizos y todo eso, ni siquiera en tiempos de las velas y los quinqués. Es pura fantasía de los escritores.

—Sin duda. ¿Cree que podrán reconocirme después, doctora?

—Intentaré que no sea así —pasó sus manos, muy suaves y dulces, por mi frente y mis mejillas—. Es una lástima estropear una cara así. Pero si no hay más remedio...

—No lo hay —suspiré—. Usted lo sabe, doctora. Me reconoció apenas me vio, ¿verdad?

—Claro. Hoy viene en todos los periódicos. Las fotos son bastante buenas. Sabía que se parece a Robert Redford, pero no tanto. Ahora, sólo Dios sabe a quién se parecerá.

—Aunque sea a Mickey Rooney, me tiene sin cuidado. Pero hágalo bien, se lo ruego. Ya le dije que le pagaré bien. Tengo dinero. Dinero ganado honestamente, se entiende. Dinero mío que un bribón me había esquilado aprovechando mi encarcelamiento.

—Le creo, ya se lo dije —sus verdes ojos me miraban extrañamente fascinadores a la luz de la potente lámpara de su mesa de operaciones. Acabó de cubrirme con telas blancas y se aproximó a un botiquín, mientras hablaba—: Mi padre también fue engañado una vez. Él era el inicial doctor Cox. Cirugía plástica, como yo. Operó a muchos rufianes y gente de mal vivir. Todos se portaron bien con él. Ni un solo pistolero le traicionó o amenazó jamás. La primera vez que operó a un tipo rico y de aparente honorabilidad porque tenía que huir al extranjero con un montón de divisas mal adquiridas, unos pistoleros pagados por ese tipo le eliminaron después de la operación para que no hablase. Por entonces yo terminaba ya mi carrera de Medicina. Le lloré mucho. Me hice cirujano de plástica y juré que nunca operaría el rostro de ninguna persona aparentemente honrada. Son las peores.

—Creo que tiene razón. ¿Le va bien con esto?

—Ni bien ni mal. Mi clientela no tiene nada de respetable: bribones, ramerías con defectos físicos, personas en apuros como usted... No gano demasiado. Pero creo que a mi padre le gustaría ver lo que hago.

—¿Sabía que yo iba a venir?

—No. Usted precisamente, no. Pero esa chica amiga de la pobre muchacha que me ha contado usted que asesinaron anoche, me telefoneó para decirme que tendría un cliente hoy o mañana. Le esperaba, sin saber quién era usted.

—Ya. ¿Y ahora que me conoce, qué piensa de mí?

—Nada. No me paga usted para pensar, sino para cambiarle la cara. Es el primer cliente que desea ser más feo de lo que es. Puede que haya matado a su mujer, o puede que no. No es mi trabajo averiguarlo. Me conformo con saber que me necesita y que no es un político, un magnate ni un negociante. Ni tampoco un hombre con fama de honesto. Son los que me preocupan. Los que no aceptaré nunca en esta mesa de operaciones, Kearny.

—Es usted una mujer singular, doctora Cox —confesé admirado.

—Usted tampoco es un tipo vulgar —sonrió ella, alzando en su mano una jeringuilla llena de un líquido turbio, a la que aplicó la correspondiente aguja hipodérmica—. Y ahora, estese quieto y en total relajamiento. Le aplicaré una anestesia muy moderna y sin problemas. Cuando despierte, tendrá ya otra cara. Pero tardará algunos días en verla, naturalmente. ¿Está dispuesto?

—Estoy dispuesto, doctora —asentí, viéndola llegar ante mí. Se inclinó con la jeringuilla en la mano. Al verla desde esta posición, en escorzo violento desde abajo, sus pechos se agigantaban, recortándose contra la luz, tensa la blanca tela de su bata sobre aquellas formas turbadoras. Sentí deseos de atraerla hacia mí sobre la mesa, en vez de obedecer sus órdenes. Pero me controlé y entorné los ojos con un suspiro. Me oí decir a mí mismo con rara docilidad—: Adelante, doctora...

Me clavó la aguja en el cuello. Apenas si la noté. De su cuerpo me llegó un aroma suave y embriagador a la vez. No sólo olía a una colonia fresca, sino a limpieza, a piel de mujer en plenitud. Era un olor sensual, casi excitante.

—Doctora, me gusta usted —confesé torpemente—. Me gusta mucho.

¿Por qué diablos decía eso? ¿Era la anestesia? ¿Tan pronto hacía efecto?

—No es el primero que me lo dice ahí tumbado —rió ella—. Pero me gusta oírlo. Además de médico, soy mujer.

—Me engañó usted... —balbucí con extraña lasitud—. Creí que era un hombre... Claro, tiene un nombre ambiguo... Leslie... Puede ser masculino... o femenino...

—Así es —su voz me llegó de muy lejos, contemporizadora.

—Doctora... Cox... —Seguí—. Una mujer... muy bonita... Muy... bo... ni... ta...

No sé si dije algo más. Si fue así, lo he olvidado. En ese momento lo olvidé todo. Era una anestesia rápida. Y no molestaba en absoluto. Me quedé sumergido en la inconsciencia más absoluta sin apenas darme cuenta de ello.

No podía saber lo que duraba. Era el vacío. El vacío total en mi mente, en mis pensamientos, en todo. Estaba sumergido en una oscuridad que no tenía fin, en un abismo sin sensaciones, donde todo era amorfo y blando, donde yo no era nada ni nadie.

Y así seguí por una eternidad. O a mí me lo pareció.

CAPÍTULO V

—¿Ya, doctora?

—Ya, Kearny.

—¿Dónde estoy ahora? —Miré en torno, preocupado, a través de las rendijas que aquellos vendajes me dejaban para mirar y para beber mediante una pajita doblada los alimentos líquidos, únicos que podría ingerir mientras durase el proceso de cicatrización bajo las vendas que envolvían mi cabeza, dándome sin duda el aspecto de una momia egipcia.

—En mi propia casa —manifestó con sencillez, moviéndose ante mi igual que lo haría una actriz *sexy* en una película de pantalla ancha, más allá de la abertura de mis vendajes, único campo visual de que disponía. Y añadió—: Vivo encima de la consulta. En el noveno piso. Un montacargas interior une ambos pisos. ¿Satisfecho?

—Sí, gracias. ¿Por qué me ha traído aquí?

—Porque aún no tengo clínica privada para mis pacientes —rió—. ¿Prefiere que lo traslade a otro sitio?

—Cielos, no. Sólo tenía la vivienda de Sheree en esta ciudad.

—Pues olvídela. Viene en todos los diarios. Dicen que usted la mató. Con una bala de calibre treinta y ocho.

—Calibre treinta y ocho... —susurré—. Así mataron a Jane también. Yo tenía un arma así. Debieron usarla contra ella.

—Y sigue teniéndola, por lo que he visto. Lleva una treinta y ocho en su chaqueta.

—Oh, ésa no es mía. Se la quité a un tipo de esos que a usted le revientan, doctora. Un fulano cargado de dinero que se llama Phil Jagger.

—He oído hablar de él. ¿Cree que es el arma con que mataron a la chica?

—No sé. Chicago está lleno de treinta y ochos. Si fue esa pistola, es que Jagger venía de matarla cuando me lo encontré en el Golden

Club... Pero ¿cómo diablos pudo saber él que Sheree me ocultaba en su casa?

—Fuese quien fuese el que la mató, debía de saberlo, ¿no le parece? Casi le cazan a usted dentro cuando llegó la policía, avisada por una voz anónima, según dicen los diarios. Alguien le vio a usted pasar de azotea a azotea y le ha identificado en los archivos de la policía. Por eso le dije que le buscan por la muerte de esa pobre chica.

—¿Y a usted no le preocupa tenerme aquí, en su propia casa, sabiendo todo eso?

—Es mi paciente, ¿no? —Vino hacia mí con un vaso de zumo de frutas y la inevitable pajita—. No voy a tirarlo a la calle. Además, usted me gusta, Kearny.

—Gracias, doctora. ¿Seguiré gustándole cuando me quite todo esto?

—No me refería a eso —replicó, mirándome con gesto de reproche—. Me cae bien, es todo. Incluso es posible que no matara a su mujer. En cuanto a Sheree, podría jurar que no lo hizo. Usted no es de esos.

—Dios la bendiga por esas palabras —suspiré—. De todos modos, puede ser peligroso para usted tenerme aquí. Y no sólo por la policía. Cuando hallé muerta a Sheree, su tarjeta estaba cerca de ella, de su bolso abierto y registrado. Puede que el asesino se fijara en eso, o puede que no. Pero el riesgo subsiste, doctora.

—Correremos el riesgo —sonrió ella encogiéndose de hombros y poniéndome la cañita en los labios—. Beba, Kearny. Tiene que alimentarse.

—¿Por cuánto tiempo de esta manera? No me gustan los líquidos...

—Pues tendrá que tomarlos, le gusten o no. Es lo único que podrá ingerir al menos en tres o cuatro semanas. Tenga paciencia. Le trituraré toda clase de cosas, desde verduras a pollo o vaca, no tema. Y si quiere un poco de vino, también puede tomarlo.

—No, gracias. No pruebo el alcohol.

—¿De veras? Eso sí que es raro en un hombre como usted.

—Hubo un tiempo en que bebí demasiado. Fue antes de la penitenciaría, doctora.

—Entiendo. Ha tenido fuerza de voluntad, ¿eh? Pues también

tendrá que tenerla para soportar esos vendajes hasta que sea el momento.

—Y entonces, ¿qué?

—Entonces, posiblemente todo haya salido bien. O mal, nunca se sabe. La respuesta la tendremos solamente cuando esas vendas estén fuera, pero ni un minuto antes.

—¿Le ha salido mal alguna otra intervención antes de ahora? —pregunté.

—Dos —sonrió amargamente—. Fue culpa de los pacientes. Su piel no cicatrizaba fácilmente. Se complicó todo. Una vez estuve a punto de ser yo quien lo estropeará, pero lo arreglé a tiempo.

—Vaya consuelo... —suspíré—. Creí que iba a darme ánimos, doctora.

—Le digo simplemente la verdad. Es mi norma, Kearny.

—Supongo que debo darle las gracias por ello.

—Hágalo. Es mejor eso que hacerse falsas ilusiones. Si todo sale bien, será porque hubo suerte. Si no, nunca podrá decirme que le engañé.

—En eso tiene razón. Será mejor que me tome esto y deje de hacer preguntas.

—Sí, será mucho mejor.

Fueron cuatro semanas muy lentas.

Hizo sol, llovió, volvió a lucir el sol, volvió a llover y, finalmente, un domingo nublado y húmedo me anunció la doctora Cox que iba a quitarme los vendajes.

Se me revolvió en el estómago lo poco sólido que había ingerido. La miré a través de aquella rendija que era mi única atalaya abierta al mundo exterior, y esperé a que tomase las tijeras para empezar a cortar las malditas telas.

Habían sido unas semanas bastante agitadas en la ciudad. Durante ellas, el teniente Dashwell había removido cielo y tierra para dar conmigo. Le vi salir en televisión y hablar de mí como quien habla de un perro rabioso. Pamela Gordon, la antigua patrona de Jane, la directora de la agencia publicitaria para la que Jane había trabajado como modelo para *spots* de TV, la gorda lesbiana asquerosa, también asomó su fofa cara regordeta a la pantalla, para contestar a un periodista a una serie de preguntas sobre «el sádico asesino de mujeres Lyman Kearny, desgraciadamente en libertad».

Me puso a parir, y sentí ganas de romper el televisor al oírla, pero el receptor era de Leslie, de mi estimada doctora Cox, y me guardé de dejarme llevar de mis impulsos.

Ahora se me acusaba también del asesinato de Sheree, mi protectora y amante, y se decía que si no me daban caza muy pronto, acabaría por cargarme a media ciudad. Dolly, mi cuñada, también tuvo una fugaz aparición. Estaba muy bonita, aunque parecía molestarle que no la dejaran enseñar sus preciosos pechos, pero ella al menos tuvo el buen gusto de negarse a responder a ciertas preguntas, e incluso expresó sus dudas sobre la posibilidad real de que yo hubiera matado a su hermana y posteriormente a la chica que me protegía. Le di las gracias mentalmente y esta vez no me avergonzó fijarme en sus bellas piernas y en la línea agresiva de su busto.

Incluso la doctora Cox lo notó, porque al cerrar el receptor comentó secamente:

—Tiene usted una cuñada muy atractiva. Kearny.

—Sí —le dije por decir algo.

—¿Le gusta?

—Bastante —admití—. Pero es mi cuñada.

—Ya no es nada suyo. Su mujer murió, Kearny. Ella sólo era su hermana. Puede casarse con ella, si lo desea.

—Tal vez llegue a pensármelo cuando salga de esta... si salgo alguna vez.

Fue lo único que comentamos sobre Dolly. Pero desde ese día, la doctora se mostró algo más seca conmigo. La idea de que pudiera sentir celos me provocó un hormigueo halagador.

Y ahora, este domingo nuboso, pesado y húmedo, iba a quitarme los vendajes. Tal vez para enfrentarme a un desastre. De todos modos, para conocer a otro Lyman Kearny distinto al de siempre. Era una experiencia única y excitante. Pero yo sentía miedo y no me avergonzaba por ello.

La tijera chirrió, pese a estar afilada, cuando segó las acartonadas vendas sobre mi piel. Me estremecí, como si estuvieran cortando mi propia epidermis a tajos. Parpadeé, mis ojos fijos en aquellos dedos firmes, seguros, largos y sensitivos, que manipulaban las tijeras serenamente, sin el más leve temblor o indecisión. Era una chica valiente, pero después de todo era mi cara la que estaba

en juego, no la suya.

—Con cuidado, doctora —traté de bromear—. No quiero ser otro Scarface.

—Muy gracioso —comentó, mirándome con frialdad desde la sima verde de sus pupilas.

Afuera, tronó en la lejanía repentinamente. El tamborileo del trueno rebotó sobre la ventana. Me pareció todo ello un mal presagio para mi nueva existencia con otro rostro, pero no lo expresé.

—Ya está —oí decir a la doctora, cuando cayeron los últimos trozos de venda tras un tajo final, seco y definitivo.

Se quedó mirándome. Y yo a ella. No tenía ningún espejo delante. Quise leer la respuesta en su cara, pero no reflejó ninguna emoción, buena o mala. Se limitaba a contemplarme. Luego sonrió.

—Está bastante bien —admitió al fin.

—Bastante bien... ¿qué significa, exactamente? —indagué, después de tragar saliva.

—Simplemente eso: que está bastante bien. Incluso sigue siendo guapo. Pero no se parece mucho al que antes era, Kearny.

—Dios, ¿es que no puedo verme? —gemí—. No quisiera parecerme a Bogart en una vieja película suya que vi por televisión en la penitenciaría. También a él le cambiaban la cara... Podía ser todo un mito, pero a mí nunca me pareció guapo.

—No se parece a Bogart —rió—. Pero tampoco a Redford. Es... otra cosa. Espere y lo comprobará.

Aguardé impaciente. Cuando puso ante mí un espejo, resoplé aliviado. Me parecía al de antes como un huevo a una castaña, pero no estaba nada mal. Facciones regulares, algo tensas, expresión fría, frente más amplia, las entradas del cabello ligeramente distintas... Sí, ya no era el Lyman Kearny que todos conocían. La barba que me había crecido en aquel mes me desfiguraba más aún. La toqué, pensativo.

—Es una buena idea —comenté—. Me dejaré barbita recortada. Eso ayudará.

—Como quiera. Pero no creo que le reconozca nadie, a menos que usted diga quién es. Creo que ha sido un buen trabajo.

—Y tanto. Merece ganarse lo que le prometí. Tome mil dólares de mi chaqueta. Son suyos, doctora.

—No hay prisa. Ya los tomaré. Nadie va a llevárselos de ahí. Ahora sí que podrá dejar los líquidos y comer algo sólido. Imagino que lo estará deseando.

—Imagina muy bien, doctora. Lleva usted un mes encerrada en su casa por mi culpa. Ya es hora de que salgamos de estas cuatro paredes los dos. ¿Qué tal si cuando me haya recortado la barba y aseado un poco, nos vamos por ahí a comprar un traje nuevo para mí, y celebramos esto con una cena en algún sitio adecuado?

—No acostumbro a aceptar invitaciones de mis clientes, pero admito que usted ha sido un paciente muy especial —sonrió ella—. Acepto encantada, Kearny. Pero permita que fuera de casa, sea usted simplemente Scott, por si acaso.

—De acuerdo —suspiré satisfecho, dejando el espejo—. Y gracias por todo, doctora. De no ser por usted, ahora estaría de nuevo en la penitenciaría... o muerto tras la ejecución.

—Olvide eso —declaró ella, con gesto risueño—. Yo ya lo olvidé hace tiempo.

Fue una velada muy agradable.

Con mi barbita bien recortada, mi traje impecable y mi nuevo rostro, ni mi propia madre me hubiera reconocido. Cenamos en un restaurante marinero de Rainbow Park and Beach, y fuimos a bailar a un club nocturno de Stony Island, frente a Toll Plaza. Sentir a la doctora entre mis brazos, bailando un ritmo lento, resultaba toda una sorpresa, después de tenerla como mi ángel guardián durante todo un mes.

—Es maravilloso poder andar por esas calles sin miedo a ser detenido en cualquier momento, o cazado a balazos por un par de polizontes locos —musité junto a su oreja, mientras seguíamos el ritmo de una vieja canción de Sinatra.

—Tendrá que irse habituando a ello, Scott —me llamó por aquel nombre falso en tono irónico, como hacía siempre—. Ahora eso forma parte de su vida. Pero tenga cuidado. Aún no tiene una documentación en regla, no todo está conjurado ni mucho menos...

—Lo sé. Me costará al menos medio millar de dólares obtener documentos falsos en los bajos fondos de la ciudad. Pero lo más importante lo logró usted, doctora.

—Puede empezar a llamarme Leslie —sonrió ella—. Ya no es mi paciente.

Fue una agradable experiencia empezar a llamarla simplemente Leslie. Me gustó. Y parecía que a ella también. Cuando volvimos a casa, era ya avanzada la madrugada. Había llovido bastante, el asfalto aparecía mojado, con abundantes charcos, pero ahora ya no caía una gota. Me miró, al detenernos ante la puerta del viejo edificio de ladrillos rojos.

—Supongo que mañana tendrá que buscarse alojamiento —indicó—. Pero de momento, puede subir y quedarse una noche más en mi casa. Le consideraré como mi paciente aún.

Moví la cabeza negativamente.

—No, gracias, doctora —contesté—. La he acompañado hasta aquí para dejarla en su casa, simplemente. Yo me voy ya.

—¿Se va? —Sus pupilas verdes se fijaron en mí, profundas, ávidas casi—. ¿Adónde?

—No lo sé aún. Ya se lo diré. Volveremos a vernos, seguro. Pero ahora, usted lo dijo antes: ya no soy su paciente. Debo volver a valerme por mí mismo. Esta máscara que me ha facilitado, mejorará las cosas. Hasta pronto, Leslie. Y gracias por todo.

Me incliné y la tomé en mis brazos antes de que ella pudiera preverlo. La besé en los labios. Aplasté mi boca contra la suya y sentí su cálido sabor, su jugosa ternura palpitante. Ella se dejó besar. Nuestras lenguas se rozaron, se unieron.

Me aparté, sintiendo temblar las rodillas y palpar el corazón con fuerza. Me miró y la miré.

Hubiera querido besarla otra vez, estrujarla contra mí con más fuerza. Pero sabía que eso era peligroso. Si ella lo aceptaba, si ella cedía, no me iría esa noche tampoco. Subiría con ella. Y no como paciente.

Era mejor así. Le dije casi bruscamente:

—Buenas noches, Leslie. Me gustas. Me gustas más que nunca.

Y me alejé a grandes zancadas, bajo las farolas encendidas. Mis pies chapotearon en un negro charco de agua. Ella se quedó atrás.

Yo me metí en la madrugada de Chicago. Solo. Al azar. A todo riesgo. Era como volver a andar. Como nacer otra vez.

Y me dirigí al único lugar que se me ocurría en estos momentos para una auténtica prueba de fuego: el Golden Club, de mi antiguo socio Bruce Cochran.

CAPÍTULO VI

Vivian acabó de desnudarse.

Apenas sus grandes senos blancos y vibrantes y su rizado triángulo entre los lechosos muslos quedaron al aire, las luces se extinguieron oportunamente, en medio de silbidos, aplausos y murmullos de aprobación.

Aplaudí como los demás. Miré a mi alrededor. No pude disimular una sonrisa entre mi bien recortada barba. Tenía a menos de diez pasos de distancia a Bruce Cochran en persona, impecable dentro de su *smoking*, que esta noche era blanco no sé por qué, con una flor en el ojal. Ni me dirigió más allá de una mirada curiosa durante todo el tiempo. No me reconoció. No tenía ni idea de quién era yo. Solly también había paseado poco antes su recia humanidad por la sala, embutido en un espantoso *smoking* que parecía a punto de estallar por todas sus costuras. Y también, sólo me echó una simple ojeada rutinaria, cuando sus ojos porcinos resbalaron por todas las mesas de la sala.

Vivian había pasado junto a mi mesa tres veces, incluso llegando a poner cerca de mi rostro uno de sus hermosos pechos durante la actuación. Me sonrió, me guiñó un ojo, pero no dio muestras de identificarme ni remotamente.

Era todo un éxito, pensé. Toda aquella chusma no me reconocía. Mi desafío estaba dando resultados inimaginables. Casi me sentía feliz en esos momentos.

Decidí llevar más lejos aún mi experiencia. La doctora Cox, mi dulce Leslie, hubiera dicho que tengo espíritu de masoquista. Y tal vez hubiera acertado.

Pasé una nota a un camarero, para que invitase a Vivian a mi mesa a tomar algo.

Esperé pacientemente, sin hacerme demasiadas ilusiones.

De repente, ella apareció junto a mí, se sentó a mi mesa y habló

con tono meloso:

—¿De veras quería invitarme, caballero? Pues aquí estoy.

La miré. Estaba realmente hermosa con su vestido de noche color rojo granate, muy descotado. Fumaba un cigarrillo en una larga boquilla demasiado sofisticada. Tal vez había copiado aquellos modos de alguna vieja *vamp* del cine negro, como Verónica Lake o Marlene Dietrich. Acostumbran a dar ciclos de esas antiguallas en la televisión. Sólo que Vivian era joven y llena de vitalidad.

Pedí una botella de champaña. Francés, naturalmente. Eso siempre hace efecto. Y nadie podía imaginarse a Lyman Kearny tomando champaña auténtico. Yo nunca había sido un buen *gourmet*, ni siquiera bebiendo alcohol. Vivian empinó el codo abundantemente. Se ve que le gustaba aquella bebida burbujeante, suave y deliciosa, que a mí me produjo náuseas. No porque me pareciera mala, sino porque detestaba el alcohol. En tres ocasiones, estando ella distraída, vacié mi copa en el suelo disimuladamente. Apenas si probé unos pocos sorbos de aquella bebida espumosa, y ya me sentía molesto y casi aturdido.

Opté por sacarla a bailar. Eso me despejó un poco, no demasiado. Pero me despejó. Bailábamos muy apretados el uno junto al otro. No me disgustaba, porque Vivian tenía un cuerpo de primera clase y yo lo sabía. Pero verlo era una cosa, y sentirlo pegado a uno, otra muy distinta. Diablos, me excitó el roce de sus muslos contra los míos, su cálida entrepierna apretándose a mí, sus soberbios pechos, duros como piedras y generosos como cántaros, apretándome el torso hasta casi escapar de su escote granate, en una exultante muestra de opulencia carnal.

—Me gustas —me murmuró al oído, bien ajena sin duda a que pocas semanas antes había estado a punto de volarme la cabeza con un disparo de su pistolita niquelada.

—Tú tampoco me desagradas, precisamente —musité junto a su oreja, besándole el lóbulo tenuemente.

Se estremeció entre mis brazos como si le hubiese conectado una descarga eléctrica. Además de atractiva, Vivian era puro fuego. No hacía falta mucho para encenderla al rojo vivo. Ni a mí tampoco, con unas formas como las suyas pegándose a mi cuerpo, pese a que algunas chicas me consideren algo frígido. Creo que eso depende mucho de las circunstancias. Y después de todo, una noche con la

pobre Sheree no era suficiente para apagar la pasión de un tipo que ha vegetado sin ciertas cosas durante casi un año entero.

—¿Qué tal si nos vamos de aquí? —sugerí—. Los locales como éste no me gustan mucho, encanto.

—Pienso igual —rió ella entre dientes, apretándose aún más a mí, con los ojos encendidos de algo que podía ser deseo. Añadió en tono cómplice, pegando su boca a la mía—: Conozco un sitio ideal para personas como tú y yo... ¿Qué tal si vamos allí ahora?

Le iba a preguntar qué sitio era ése, cuando vi entrar a Phil Jagger en la sala. El muy cerdo ya no conservaba huella alguna de los tortazos que le di un mes atrás. Pero eso no era lo peor. Jagger iba acompañado. Sentía un desagradable tirón en el estómago y el poco champaña que había bebido empezó a sentarme mal.

La chica que iba con Jagger era Dolly. Mi cuñada.

Parecía tan feliz de ir prendida de su brazo como si acompañara a un oso polar. Sus inquietos ojos azules miraban en torno, entre inquietos y asustados. No creí que hubiera nada amedrentador en el Golden Club, aunque no fuese un paraíso. De modo que si a algo o alguien tenía miedo, debía de ser al propio Jagger.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Vivian restregando su muslo con el mío—. ¿No dices nada de lo que te he sugerido? Es un buen lugar, tranquilo y retirado. Ideal para dos personas como tú y yo...

—Tendremos que dejarlo para otro día —contesté sin mucha diplomacia, contemplando por encima de su hombro a mi rubia y bonita cuñada, sentándose en una mesa junto a la pista, en compañía de Jagger. Solly había acudido, mostrándose obsequioso con ellos. Empezaban a revolvérseme las tripas, maldita sea. Y eso es en mí una mala cosa.

—¿Qué? —se sorprendió Vivian. Me miró irritada. Seguramente ningún tipo le había dicho nunca algo así—. ¿Bromeas o es que eres un mariquita de ésos?

—Te contestaré en otra ocasión —reí, soltándola suavemente y dejándola al borde de la pista—. Esta noche tengo algo que hacer. Me he acordado de repente, preciosa.

—Eres un miserable bastardo —silabeó, mirándome con ira. Sus pechos palpitaban de tal modo al enfadarse, que sólo le presencia de Dolly en la sala me hizo mantenerme firme en mi postura—. ¡Vete al infierno de una vez por todas! Vivian Vaal no necesita de

palurdos como tú para estar acompañada, no lo olvides.

Se alejó airada, meneando las caderas como un remolino. Respiré hondo. Acababa de perderme un buen asunto para aquella noche. Pero Dolly seguía preocupándose. Miré hacia su mesa. El corazón me palpitó de gozo.

Su acompañante estaba disculpándose inclinado hacia ella. Luego, se alejó hacia la cortina donde un luminoso discreto, en tono verde, anunciaba los lavabos. Le seguí como una flecha. Dolly, en su mesa, encendía un cigarrillo con aire desganado, como ausente.

Phil Jagger se metió en los lavabos, como yo esperaba. Le seguí también allí. Estaba en el urinario. Me puse a su lado. El millonario me echó una ojeada de soslayo, carente de todo interés, y siguió con su tarea, la normal en sitios como aquél.

Yo rebusqué en mi bolsillo. Apreté la pistola entre mis dedos. Sacarla rápidamente, inclinarme hacia Jagger y meterle un culatazo seco tras la oreja derecha, fue todo uno. Cayó como un fardo, sin exhalar un solo gemido. Incluso se quedó con el pantalón abierto y algo asomando fuera. No era gran cosa, de modo que me pregunté por qué Jane le prefería a mí, a menos que sólo fuese por su dinero.

Le arrastré hasta el *water*, lo senté en la taza y tiré de la cadena, para evitar que el sitio se contaminara demasiado. Luego, cerré la puerta y salí de los lavabos como quien no ha hecho nada. Una vez en la sala crucé hasta la mesa de Dolly, tomé a mi sorprendida cuñada por el brazo, la puse en pie y me encaminé con ella hacia la salida. Debo admitir que, aunque mostró un profundo asombro en su rostro, no dijo nada especial ni protestó o me ofreció resistencia, tal vez porque le murmuré de pasada, al sacarla de su asiento:

—Soy yo, Dolly. Supongo que no me reconoces. Pero mi voz no puede engañarte, cuñada.

No la engañó, aunque me miraba con asombro. Salimos del local antes de que Solly o mi exsocio se dieran cuenta de nada. Salimos a la acera, bañada en luz fluorescente, y ella me miró atónita a los ojos.

—Lyman... —susurró—. No te hubiera reconocido jamás... Es algo increíble...

—Lo sé —asentí—. ¿Molesta conmigo por quitarte de ahí dentro y dejarte sin pareja?

—En absoluto. No vine por mi gusto, te lo aseguro. ¿Qué ha sido

de Jagger? ¿Lo has matado?

—Desgraciadamente, no —reí con voz hueca—. Aún no he llegado tan lejos, pero todo se andará. ¿Qué hacías en compañía de ese cerdo?

—Te lo explicaré en otro sitio, Lyman. Vámonos de aquí. Jagger y Cochran son uña y carne, lo he sabido esta noche. No conviene que nos vean. Podrían reconocerte...

—Sí, vamos —el portero paró un taxi, le di una buena propina y salimos disparados de aquel lugar. Fue Dolly quien, inclinándose, le dio unas señas cuando todavía el obsequioso portero del Golden estaba cerrándonos la portezuela—: Vamos al Stadust, en Maywood.

El taxista asintió. Debía ser un lugar conocido, aunque yo no lo había oído nombrar nunca, salvo como una vieja melodía del difunto Hoky Carmichael. El Stardust resultó ser un pequeño club privado, en pleno Washington Boulevard, de sólo siete meses de vida. Eso explicaba que yo no lo conociera.

Nos acomodamos en una apartada mesa, pedimos dos zumos de fruta sin alcohol y nos pusimos a charlar, sobre un fondo musical de discoteca. Dolly parecía ahora mucho más feliz que antes. Estaba sentada muy junto a mí, su muslo contra el mío. Aquel contacto me excitaba más aún que el de Vivian. Y sus senos, bajo el vestido de noche color azul cobalto, ganaban a los de la *strip-teaser* del Golden en firmeza y volumen.

—¿Por qué saliste con ese puerco de Jagger esta noche? —inquirí.

—Tenía que hacerlo, Lyman —explicó ella suavemente—. Me amenazó.

—¿Amenazaste? ¿A ti? ¿Con qué?

—Bueno, verás... —Parecía en un serio apuro—. Hay cosas de Jane y más que tú no has sabido nunca, Lyman.

—Las tuyas, no me sorprende. Pero las de Jane... ¿Algo más que su lío con Jagger?

—Mucho más. Ella buscó a Jagger por su dinero. Pero se encontró con la horma de su zapato. No era precisamente de modelo de lo que ganaba su elevado salario, Lyman.

—No me dirás que ese tipo cargado de pasta la prostituyó...

—Algo parecido. Pero a Jane le gustó. Trabajaba para ciertos filmes rodados en secreto. Creo que me entiendes, ¿no?

—¿Pornografía? —Me estremecí, imaginando a mi mujer en una de esas películas.

—De la peor. Porno duro, con adolescentes y menores. A veces niños y niñas. Suelen ser chicanos, vietnamitas y gente así. Un asunto asqueroso. Jane ganó mucho dinero con eso. Ese dinero nunca se ha encontrado. Tenía una cuenta a su nombre. Secreta. Jagger quiere meterme ahora a mí en ese negocio. Necesita una chica con ciertas condiciones anatómicas, claro.

—¿Y con qué te amenaza? Tú no tienes culpa de las cerdadas que hiciera tu hermana.

—No, pero he rodado algunas películas porno de las llamadas «normales». No es que tenga demasiado de «normal», pero...

—¿Cómo has podido caer tan bajo? —Me dolí.

—Oye, que no eres mi confesor ni mi padre —me reprochó enfadada—. Tampoco eres mi amante... al menos todavía. Sólo mi cuñado. No tienes derecho a reprocharme nada. La vida es dura, el dinero hace falta cada día más, y cada día es más difícil ganarlo. Hay que hacer cosas que no gustan pero que reportan beneficios. Es lo que hago yo, Lyman. Pero nunca bajé el escalón que se atrevió a bajar Jane. Jagger quiere que lo haga. Si no, me ha sugerido que podrían salir a la luz mis películas y perder mi trabajo en Lucy's como modelo. Lo malo es que eso es verdad. Jagger tiene peso en esta ciudad. Y la agencia donde trabajo ahora está chapada a la antigua. Si ven una de mis películas porno... ¡adiós trabajo!

—Mataré a Jagger, te lo juro —dije sombrío, apretando las mandíbulas.

—No lo hagas —su mano, acariciando mi brazo, subió hasta mi hombro y luego me rozó el cuello tiernamente. Confieso que sentí un escalofrío—. No, querido, no hagas nada así. Nadie se merece que te conviertas en asesino por su culpa.

—¿Crees que importa mucho que me ejecuten por dos o por tres asesinatos? Al menos esta vez acertarían...

—No seas tonto. Me has rescatado de sus garras por una vez. Volverá a la carga, pero tal vez sea más comedido ahora. De todos modos, no pienso aceptar. No me gusta la idea de meterme en un plató con tres niños y tres niñas a hacer porquerías ante una cámara. Todo eso empieza a darme asco. Si pudiera, denunciaría a Jagger por ese negocio. Pero yo no soy nadie y él es importante

aquí. Llevaría las de ganar.

—Tal vez mató a Jane por ese motivo. Quizá ella se negó a seguir trabajando en esa basura...

—Dudo que fuese ése el motivo de su muerte. Jane haría lo que fuese por dinero.

—Dinero... —La miré, excitado—. ¿Y si fuera ésa la causa de su muerte? El dinero, la cuenta secreta a su nombre... ¿Crees que llegó a reunir una suma lo bastante importante como para justificar un asesinato?

—Bueno, fácilmente pudo embolsarse doscientos mil dólares en un año —comentó Dolly pensativa—. Conozco a mucha gente que mataría por la mitad de ese dinero.

—Yo también —asentí, pensativo—. Dolly, debo llevarte ahora a casa.

—¿Y tú? ¿Adónde vas? —Me miró preocupada—. Ya no te pareces a Robert Redford, pero sigues gustándome mucho. ¿No quieres venir a casa por esta noche?

—No sería prudente. Jagger puede sumar dos y dos y sacar cuatro. Ven, te llevaré a tu casa. Luego, iré al único lugar donde me siento seguro. No te diré cuál, por si alguien quiere sonsacarte a viva fuerza.

—Haces bien, cariño. Cuanto menos sepa, menos podré decir. Cuídate mucho, te hará falta.

—También tú. Vámonos de aquí. Estoy harto de oír música discotequera.

Salimos del local. Fuera había un taxi aparcado. Subimos a él y le di las señas de Dolly. Rodamos un buen rato en silencio. De repente me di cuenta de algo raro. Seguíamos una dirección contraria a la que podía conducirnos a casa de Dolly. Me incliné sobre el chófer, irritado.

—Oiga, amigo —advertí secamente—. No somos palurdos recién llagados a la ciudad, ¿sabe? O toma el camino correcto, o le pongo una cara nueva.

El taxista se volvió sonriente y frenó en seco. Su tono fue burlón:

—Baje, entonces. Ya hemos llegado, si lo prefiere así, amigo.

Su forma de responder me irritó. Iba a cogerle por el pescuezo y hacerle tragar sus palabras, cuando la portezuela se abrió bruscamente. Asomó un brazo con una pesada pistola automática a

su final.

—Abajo —ordenó una voz conocida—. Si intenta algo, bastardo, le vuelo la cabeza a usted y a su amiguita.

Detrás de la pistola, entreví la cara aplastada y torva de Solly. La otra portezuela se abrió. Un gordo brazo enjovado asomó por ella. Tomó a Dolly de un brazo sin miramientos. Ella se quejó. Vi brillar una navaja en la otra mano femenina, rolliza y de cortos dedos.

—Cuidado, preciosa —habló la mujer con la voz de Lee Marvin o cosa parecida—. Si quieres conservar tu bonita cara intacta, no me obligues a usar esto.

Nos sacaron del coche a empujones. Solly me quitó la pistola del bolsillo con tal rabia, que me desgarró la flamante chaqueta. Reía como un cerdo.

—Ahora en marcha —masculló, tirando un billete al taxista que nos había llevado a aquella celada. El tipo tomó el dinero y se alejó por el callejón presuroso, sin esperar a más. Nos quedamos solos entre dos altos muros de ladrillo, en un pasaje apestado a basuras. Había detrás un coche largo y negro, conducido por un tercer tipo.

Dolly estaba en manos de la mujer gorda. Vi la cara mofletuda y hombruna de ésta, su pelo corto y sus hombros anchos. Sólo podía haber una matrona así en todo Chicago, apestando a lesbiana por todos sus poros: Pamela Gordon, la antigua patrona de Jane en la empresa de publicidad.

—Arriba, a nuestro coche —ordenó Solly pegándome sin contemplaciones con su pistolón en las costillas. Sentí un dolor insufrible—. Has traído una cara nueva, bastardo, pero cuando termine contigo será igual, porque no te parecerás a nadie. En mi último combate casi maté a mi adversario antes de que el puerco me metiera resina en los ojos. El hijo de perra me hundió el título, pero yo le dejé que nunca más le reconoció nadie. Pues eso es poco para lo que haré contigo.

Subimos al coche negro. Dolly y yo, en medio. Solly a mi lado, y Pamela Gordon al de Dolly. Su navaja amenazaba el cuello de mi cuñada. La automática de aquel cacho de carne asquerosa, me hacía tanto daño en el costado que mi gesto de dolor despertaba su hilaridad.

Arrancamos rápidamente. Nos llevaron a un paraje desolado y oscuro, que calculé debía de estar en las proximidades de Camulet

Harbor, al sur del lago y de la ciudad. No nos vendaron los ojos, y eso me dio mala espina. Tal vez no esperaban que saliéramos ninguno con vida de aquella aventura nocturna.

Al bajar del coche, a viva fuerza, siempre ensañándose el sucio Solly conmigo, nos metieron en un pasaje cerrado al público, y de allí pasamos a una vasta sala, mitad garaje, mitad almacén, con dos viejos coches arrinconados, y una serie de cajas de cerveza y de refrescos al otro lado. Una sola bombilla, colgada del techo, derramaba un resplandor difuso y triste por el lugar. Era un mal sitio para vivir, pero peor aún para morir, pensé con mi más lúgubre sentido del humor.

—Y ahora, asqueroso bastardo, miserable Kearny, vas a pagarlas todas de una vez —amenazó Solly, mirándome con rabia homicida.

—Ten cuidado, Solly —le avisó Pamela Gordon—. El jefe los quiere vivos, no vayas a pasarte con Kearny.

—Descuida —rió aquel salvaje—. Le dejaré con vida, pero lamentará que sea así.

Traté de mostrarme sereno en medio de todo aquello. La cara de Dolly, a la agria luz de aquella lejana bombilla colgada sobre nuestras cabezas, tenía el color de la cera. La gorda Pamela se aprovechaba de la situación y mientras apoyaba la navaja en su cuello, la estaba manoseando descaradamente los pechos.

—¿Cómo diablos sabéis quién soy yo? —pregunté con voz calmosa—. Podría ser un error, Solly. ¿De veras piensas que soy ese tal Kearny que mencionaste?

—Claro, hijo de perra —me espetó—. Lo sabemos muy bien. Tu amiguita fue muy locuaz al hablarnos de tu nueva cara. No podía ser de otro modo, ¿verdad?

Y aún reía cuando abrió una puertecilla de hierro lateral, y pude ver una sala de paredes desnudas, más pequeña, con otra solitaria luz en el techo. El corazón me dio un vuelco.

Allí estaba Leslie, la doctora Cox. Atada a una silla, la cabeza caía sobre el pecho, la blusa desgarrada, los senos salpicados de quemaduras de cigarrillos, la boca hinchada y sangrante, los pómulos tumefactos.

La habían hecho confesar tras una sesión de tortura bastante dolorosa. Eso me hizo comprender lo demás. Una sensación de rabia, de exasperación, de odio y afán de venganza, invadió mi

persona en una oleada que me hizo sentir más salvaje que una fiera herida.

Tal vez por eso quise jugar el papel de héroe. Me olvidé de todo: la navaja de Pamela Gordon, los puños y la pistola de Solly... Todo se borró de mi mente, para ver solo a la doctora Cox, a mi amiga Leslie, convertida en un guiñapo sangrante e inconsciente.

Y la cólera me cegó del todo.

CAPÍTULO VII

Arremetí contra Solly de forma suicida.

Creo que sólo por eso le sorprendí. No se imaginaba a nadie tan loco como para atacar a una bestia como él, y además armado de pistola. Yo era ese loco.

Hundí mi cabeza en su abdomen. Se hundió como si fuese gelatina. Ya no era el viejo boxeador, estaba fofo y vulnerable. Tosió, ahogándose, y quiso pegarme con la pistola, jurando entre dientes, casi sin aliento. Le arranqué el arma de un simple tirón, mientras le sacudía con mi zurda en el hígado. Se dobló, jadeante, y entonces le metí la rodilla en las ingles, al tiempo que, ya con su automática en mi mano, le empezaba a soltar golpes de cañón en la cara. Reventé su nariz y corté sus labios, y comenzó a sangrar como un cerdo en el matadero. Bramó, ciego de rabia, buscándome para tomarse la revancha. Sólo se encontró la pistola otra vez, haciéndole crujir la mandíbula cuando se la rompí sin contemplaciones. Cayó de espaldas, vomitando sangre y dientes. Se revolcó por el suelo, aullando de dolor.

—¡Suelta ese arma, Kearny, o degüello a la chica! —me gritó Pamela Gordon a mis espaldas.

Me revolví. Dolly, lívida, veía la navaja a una pulgada de su garganta, presta a cortar.

Hecho una furia, disparé sin vacilar. Pamela no esperaba eso.

Cuando la bala le rompió el hombro y sus huesos astillados se llenaron de sangre, emitió un alarido feroz, saltó atrás, y sus dedos se abrieron, soltando el arma. Me miró con un odio y una sorpresa inmensos. Sin duda temía que volviera a disparar sobre ella para rematarla, pero una cerda como la Gordon no merecía tanto. La miré, asqueado, y luego le disparé otra vez, perforándole uno de sus grandes muslos con la bala. Me reí entre dientes, viéndola caer grotescamente, con su humanidad, aullando blasfemias sin fin.

Rodó por el suelo, sujetándose la pierna herida, que también sangraba en abundancia.

—Tenéis suficiente dosis de vuestra propia medicina, pareja de puercos —mascullé, mirándoles a ambos con desprecio—. Vamos, Dolly. Nos largamos de aquí. Pero antes hay que sacar de ahí a esa pobre chica...

—¿Quién es ella? —preguntó Dolly, demudada, asintiendo con la cabeza.

—Leslie W. Cox, médico cirujano especializado en cirugía plástica, ¿entiendes? —dije con sarcasmo, caminando hacia la víctima de aquellos rufianes.

—¡Cielos! —musitó Dolly, siguiéndome—. ¿Quién lo iba a imaginar? Una doctora...

—Es mi destino —murmuré irónico—. Me persiguen las chicas guapas...

Desatamos a Leslie. Cargué con ella en brazos. Cuando la llevábamos hacia la salida, dejando atrás a Solly y Pamela revolcándose en su propia sangre, ella volvió en sí. Me miró a través de un párpado medio cerrado y otro cerrado del todo.

—Gracias... —musitó—. Creí... que me mataban...

—No temas, Leslie —musité—. Estás a salvo. Esos tipos lo pagaron caro. Espero que no necesites operarte a ti misma para ser la que siempre fuiste...

Ella trató de sonreír, lo cual ya era meritorio en su estado. Salimos a la calle. El coche negro estaba aparcado aún en el pasaje. No vi a su conductor por parte alguna. Subimos a él y partimos de allí. Conduje hasta Jackson Park, y allí tomamos un taxi para dirigirnos a casa de la propia doctora. Dolly todavía continuaba bajo los efectos de las emociones de aquella noche, a juzgar por su expresión y tono de piel.

—Después buscaremos algún otro refugio —indiqué por el camino—. En tu casa no estamos seguros nadie, Leslie, empezando por ti misma. Esta ciudad es ahora un infierno. Sobre todo para mí. Me busqué una máscara y resultó inútil. Ya saben cuál es mi nuevo rostro, no puedo seguir engañándoles.

—Sabían que yo te operé —susurró Leslie entre sus hinchados labios, dificultosamente—. Lo sabían todo cuando me sorprendieron en casa y me llevaron con ellos.

—Debí imaginarlo. La tarjeta de visita en casa de Sheree cuando la mataron. El asesino la vio. Siempre supo lo que iba a ocurrir, y esperó la ocasión, maldito hijo de perra...

—Cálmate —pidió Dolly suavemente, apretándome un brazo con ternura—. Creo que tengo una idea sobre un sitio seguro, al menos para vosotros dos...

—¿Tú crees? —dudé, mirándola pensativo.

—Sí. No creo que a nadie se le ocurra buscaros allí. Mi hermana Jane, tu mujer, tenía alquilado un *bungalow* en Oak Park, para sus encuentros con Jagger. Me dio sus llaves para que tú no pudieras encontrarlas nunca. Creo que todo el mundo se olvidó ya de ese sitio, Lyman...

—Vale la pena probar —asentí ceñudo—. Aunque sea un sitio como ese... es mejor que ninguno.

—Entonces, pasemos primero por mi casa. Os daré esas llaves. Luego, con más calma, podemos buscar otro sitio aún más seguro.

Asentí de nuevo. No podía ser de otro modo. Ocultarme en el nidito de amor de mi propia esposa, no era precisamente una idea que me hiciera feliz, pero Chicago era ahora un sitio muy peligroso para mí. Si Dolly estaba en lo cierto, al menos por un par de días era posible que Solly, Pamela y sus compinches no dieran con nosotros. Ni el asesino tampoco.

Era un bonito *bungalow*, situado en la zona residencial más selecta de Oak Park. Pero seguía sin gustarme. El recuerdo de posibles orgías entre Jane y Jagger me crispaban los nervios, aunque nunca he sido un tipo celoso y mi mujer llevaba ya casi un año muerta.

Sin embargo, Leslie no tenía por qué sentirse acomplexada ni traumatizada por nada, y se encontró allí perfectamente cuando hubo examinado la casita.

—No está nada mal —confesó—. Puede ser un buen refugio de momento, Lyman.

—Ojalá lo sea —gruñí desconfiado, mirando en torno—. Me pregunto si existe alguno realmente en esta ciudad para mí, Leslie.

—Yo empiezo a estar en tus mismos apuros —sonrió ella desde su carita deformada por los golpes de aquellos bastardos—. No me gustaría caer otra vez en manos de aquel sádico gordo y su compañera, el macho con faldas.

—Son dos puercos de la peor calaña, pero no tienen cerebro para ciertas cosas. Seguro que hay alguien tras ellos, el jefe que mencionaron, el que les paga y les maneja...

—¿El asesino de Jane y de Sheree? —sugirió Leslie.

—Posiblemente —asentí—. Si pudiera llegar al menos hasta él...

—¿Crees que puede ser ese tal Phil Jagger?

—Quizás. Me gustaría estar seguro de algo en este maldito asunto. Esa gente parece saber muy bien en qué terreno se mueve, mientras yo voy dando palos de ciego por ahí.

—A lo que veo, no hice gran cosa por ti arreglándote la cara...

—Tú no tuviste la culpa, encanto. Al contrario: por mi culpa te has visto en serios apuros... y te han puesto la cara y los pechos hechos una pena... —murmuré, acercándome a ella y tocando suavemente, con la yema de mis dedos, las huellas de torturas en su rostro.

Ella agradeció mi rastro de ternura. Impulsivamente, se abrazó a mí, pegó su cara a mi hombro y susurró espontáneamente:

—¿Crees que serías capaz de hacer el amor conmigo con esta cara y con los senos llenos de quemaduras afeándolos?

—Querida, no sufras por eso. En pocos días, no quedará huella de nada, te lo garantizo —hablé suavemente, sin dejar de acariciarla.

—Tonto. No hablo de unos días... sino de ahora. Ahora mismo, Lyman, cariño.

Me estaba besando. Su cara, aun dañada, seguía siendo muy bonita. Su cuerpo era una delicia bajo mis manos. Y sus pechos, aun quemados por cigarrillos, seguían siendo firmes y deseables. No le respondí con palabras. No hacía falta. Ella no pedía palabras. Solo hechos.

Y le di la respuesta que quería. Supe que también me gustaba a mí.

Lo malo es que nuestro idilio no duró mucho. De repente, oí los coches alrededor de la casa, y la voz tonante que gritaba mediante un megáfono eléctrico:

—¡Salgan de ahí con las manos en alto! ¡No trate de resistirse, Kearny! ¡Sabemos que está ahí! ¡No nos obligue a matarle! Deje salir a la mujer que le acompaña y salga usted mismo después con los brazos en alto. Si tiene algún arma no sea tonto y arrójela antes

de salir donde yo pueda verla. ¡Tiene sólo treinta segundos para decidirse! ¡Pasado ese tiempo, entraremos a sangre y fuego a por usted, Kearny!

El cuerpo desnudo de Leslie se abrazó a mí, estremecido. Yo la apreté con fuerza, dominando un juramento que la hubiese escandalizado.

—Ése es —dijo— el teniente Dashwell, de Homicidios. El policía más sádico de toda la ciudad... Creo que está vez no hay escapatoria. Todo ha terminado, querida.

Para nosotros, todo había terminado. Para el teniente Dashwell todo empezaba. O continuaba, por decirlo mejor.

Se ensañó a fondo conmigo en el Precinto policial de Oak Park adonde me condujo. Apenas se hubo encerrado conmigo en una desnuda y rectangular habitación parecida a tantas otras de los establecimientos policiales, me demostró que todas esas zarandajas de la Constitución, derechos del ciudadano y demás, eran música celestial para él. A los veinte minutos, tenía pateadas mis costillas, sangraba por boca y nariz y sentía el hígado como si hubieran estado bailando sobre él un centenar de osos polares. El hijo de perra sabía pegar. Y le gustaba.

—Así estaremos hasta que confieses que mataste también a Sheree, la zorra que te metió en su casa —decía insistentemente, antes de arrearme de nuevo con una de sus risitas sardónicas.

Dashwell era un tipo grande, macizo, que en su juventud fue boxeador *amateur*, antes de dedicarse a patear las calles con sus grandes zapatonos, como policía uniformado, para terminar siendo detective de Homicidios no sé a causa de qué méritos, porque era obtuso como un asno y brutal como una mula. Pero allí estaba, y yo era su prisionero. Antes de devolverme a la Penitenciaría, quería brearme de lo lindo. Y lo estaba consiguiendo el muy bastardo.

—Creo que ya está bien, ¿no te parece, Burt? —le interrumpió en plena tarea la voz de un compañero—. Si sigues así, no hará falta que el Estado de Illinois se decida por la pena de muerte o no. Habrás matado a Kearny antes de enviarlo a su celda.

—Métete en tus asuntos, Charlie —se enfureció Dashwell, que se disponía a patearme a conciencia las costillas en ese momento, en pie junto a mi derrengado cuerpo, tumbado boca abajo en el suelo de la habitación de interrogatorios—. Kearny es cosa mía.

—Me estoy metiendo en mis asuntos —rectificó fríamente el recién llegado, plantándose sobre sus rígidas piernas como si éstas fueran columnas—. Soy oficial en este Precinto, y responsable de los detenidos que permanecen aquí. Te ordeno que dejes a ese hombre, o tendré que usar otros modos, Burt.

Miré agradecido al hombre. Dashwell le fulminó con una mirada.

—Tú eres oficial de la Brigada del Vicio —farfulló Dashwell—. Yo, de Homicidios. Es mi caso. Asesinato en primer grado, recuérdalo. Además, dentro de poco vendrán a por este tipo los de la Penitenciaría con el coche celular. Necesito que confiese otro homicidio.

—Sobraré tiempo para eso —se encogió desganadamente de hombros el otro policía, dirigiéndome de paso una mirada en la que creí leer algo de compasión—. Además, si han de ajusticiarle, lo mismo lo harán por un crimen que por dos. Lárgate, Burt. Sal de esta habitación. Ahora el preso es responsabilidad mía, lo mismo que la chica.

—La chica es médico cirujano y le operó ilegalmente el rostro. Le encubrió en un delito de doble asesinato...

—Esa chica ha contado algunas cosas que le dijo Kearny sobre películas pornográficas con niños y cosas parecidas. Eso sí entra dentro del Vicio. Y de mi Brigada, por tanto. Te repito que me dejes con Kearny. Ya le has sacudido bastante, ¿no crees?

Dashwell me echó una ojeada como la que se dirige a un gusano antes de pisotearlo, rezongó algo entre dientes y abandonó la estancia. Me quedé a solas con el otro policía. Él me ayudó a incorporarme, me sentó ante la larga mesa desnuda y hasta me dio un vaso de papel encerado con agua. La bebí de un trago. Me limpié la cara. Él me alargó un pañuelo y me sequé algo la sangre.

—Lo siento, Kearny —dijo tras un silencio, mirándome pensativo—. No apruebo los métodos de mi colega. Pero él tiene razón. Es su caso. Sólo trato de evitar que le haga pedazos.

—Dashwell es un sádico —gruñí, escupiendo sangre—. Disfruta con esto.

—Ya lo sé —negó con la cabeza cuando le alargué su pañuelo manchado de rojo—. Quédeselo, Kearny. Yo no lo necesito. ¿Sabe que están a punto de aprobar la reanudación de ejecuciones en este

Estado?

—Lo supongo.

—El aumento de la delincuencia, la inseguridad ciudadana de las grandes ciudades, las violaciones y asesinatos cada vez más frecuentes han sensibilizado en extremo a la opinión pública.

—Tienen razón para hacerlo. Yo siempre defendí la pena de muerte.

—¿De veras? —Me miró con gesto de asombro. Luego esbozó una sonrisa—. Pues lo siento por usted.

—Yo no cuento ya. Además, soy inocente.

—Ya —bostezó, cruzándose de brazos—. Todos dicen igual.

—Es que lo soy. Lo juro. No maté a mi esposa. No hice daño alguno a Sheree. ¿Cómo iba a hacérselo, si ella me protegía y era una buena chica? Alguien mató a las dos y me colgó a mí el sambenito. Sé que no puede creerme, pero es lo mismo. Lo sé yo y me basta. Sólo lamentaré morir sabiendo que el verdadero asesino anda suelto.

—Mire, Kearny, soy un policía curtido. Mi nombre es Murdock. Charlie Murdock, teniente de la Brigada del Vicio de esta ciudad. He oído a muchos decir lo que usted dice, y no va a conmovirme con sus protestas de inocencia.

—Tampoco lo pretendo, sólo quiero justicia, teniente. ¿Es pedir tanto en este mundo asqueroso en que vivimos?

—Ya fue juzgado. Le encontraron culpable.

—¿Soy el primer error judicial del país acaso?

—No, la verdad —admitió, entornando los ojos—. Hábleme de otra cosa, Kearny. ¿Es cierto que hay un negocio de películas pornográficas con niños por ahí?

—Eso he oído —contesté, y me encogí de hombros—. No sé gran cosa. Dicen que mi mujer estaba implicada en ello. Tal vez por eso la mataron. Tenía una cuenta personal muy saneada al parecer. Pero nunca vi un centavo de ese dinero, ni sé dónde está o si existe siquiera.

—¿Sabe una cosa, Kearny? Hay en este país desapariciones de niños y niñas vietnamitas y chicanos en cantidades importantes. Se sospecha que relacionado todo al rodaje de filmes porno de características muy especiales. Incluso cabe la posibilidad de que esas criaturas inocentes, nunca mayores de doce o trece años, sean

sacrificadas luego secretamente, para que no hablen. O ante las propias cámaras, para mayor goce de los tarados que ven esa clase de películas en salas clandestinas^[1].

—Dios mío... —Casi ni me dolían ahora los golpes de Dashwell, imaginando algo así.

—Si sabe algo sobre eso, será mejor que me lo diga, Kearny. Matar a una persona es un delito. Pero matar a un niño tras una explotación así, es algo que va más allá de todo lo humano, de todo lo imaginable.

—Lamento no poderle ser demasiado útil en ese terreno. No sabía nada del asunto hasta hoy mismo. Mi mujer nunca me reveló eso. Pero ¿por qué no imaginar que Phil Jagger puede estar tras todo ello?

—Phil Jagger era el amante de su mujer, Kearny. Puede hablar usted por despecho. ¿Alguna prueba para acusar a un hombre rico e importante de algo tan serio?

—No, ninguna —suspiré con desaliento—. Pero sé que está tras ello. Como una tal Pamela Gordon, una asquerosa lesbiana. Y un tal Solly, que trabaja de gorila para mi exsocio Bruce Cochran.

—¿Ese Cochran es el del Golden Club?

—Sí —le miré con firmeza—. ¿Le conoce?

—Algo —evadió una respuesta concreta—. ¿Cree que él también podría formar parte del grupo dedicado a filmar esas porquerías?

—Todo es posible —moví la cabeza con desaliento—. Teniente, usted no puede creerme, aunque quisiera. Yo no puedo ayudarle en eso aunque estoy deseándolo.

—Entiendo —resopló, acercándose a la puerta con gesto ceñudo—. Bien, no esperaba tampoco demasiado, ésa es la verdad. Kearny, prepárese. Creo que el coche celular de la Penitenciaría está a punto de llegar para conducirlo allí... Siento de veras no poderle ayudar en nada.

Iba a salir. Le pregunté antes, con voz ronca:

—Por favor, teniente Murdock... ¿Y Leslie... la doctora Cox? ¿Cómo está ella?

—Bien —me miró de soslayo—. Bastante bien. Pero tiene problemas.

—Ella no trató de encubrirme. La engañé yo. Lo prometo.

—Ya —se meció sobre la punta de sus zapatos—. No tema.

Seguro que ella sale bien librada de esto, Kearny. Haré lo que pueda por la doctora.

—Gracias —musité, dejándome caer en la silla, con su pañuelo manchado de sangre entre mis manos.

CAPÍTULO VIII

—Vamos demasiado deprisa —comenté—. ¿Estás bebido el conductor?

Mi guardián me miró encogiéndose de hombros, como si pensara que era yo el que llevaba una copa de más. Aquel maldito furgón celular, hermético, metálico y enrejado, seguía rodando a excesiva velocidad por la carretera que conducía de Chicago a la penitenciaría del estado. Golpeé con mis puños en las rodillas, haciendo tintinear agriamente el acero de mis esposas.

—No sé a qué viene correr tanto —insistí—. Prefiero morir en la cámara que dentro de este trasto, la verdad.

El policía armado de rifle que me escoltaba dentro del furgón, siguió impertérrito, contemplándome sin siquiera pestañear. El tipo llevaba su gorra muy metida hacia los ojos. Tal vez pensaba que era por lo menos Clint Eastwood en una escena de cualquiera de sus películas.

—Al diablo contigo —refunfuñé—. Pero esto no me gusta.

El coche celular tomó una curva a una velocidad espeluznante. Me hizo casi reír la idea de que pudieran detenernos por exceso de velocidad. Estaba oscureciendo y tal vez era ése el motivo de tantas prisas. El tipo que conducía aquello quería llegar cuanto antes al presidio.

Poco más tarde ocurrió lo que yo me estaba temiendo. Tomó otra curva a excesiva velocidad. Percibí el maullido de las gomas sobre el asfalto, el chirrido de los frenos, el choque de costado contra unos árboles, y luego el vuelco aparatoso del vehículo. Nos golpeamos en algo, sin llegar a rodar, pero el coche quedó volcado de lado. Mi compañero de uniforme y yo rodamos dando tumbos y pegándonos contra las paredes de metal. Me sentí aturdido, pero no noté dolor alguno.

Cuando todo aquello cesó yo estaba sentado sobre el muro

lateral de la cabina, junto a la ventana enrejada, y cerca de mí yacía el policía, con su rifle junto a él, y la gorra desprendida al fin de su cabeza. No se movía.

Me deslicé hacia él a gatas, temiendo que estuviera muerto. Comprobé que se trataba sólo de un desvanecimiento. Ni siquiera estaba herido. Alargué mi mano hacia su cintura. Tomé su revólver reglamentario del interior de su pistolera, así como las llaves de mis esposas. Sin perder tiempo, abrí éstas y, revólver en mano, me aproximé a la puerta del vehículo, esperando que el conductor no acudiera en ayuda de su compañero. Tuve que disparar dos veces contra la cerradura, reventándola. Abrí la puerta y salté afuera, entre matorrales y arbustos. Todo estaba ya oscuro, era noche cerrada, y el coche celular yacía de costado, con los faros apagados. Me deslicé hacia la cabina del conductor, por si estaba malherido y precisaba ayuda de urgencia.

Respiré con alivio. Yacía sobre el volante, en rara postura, pero sólo estaba inconsciente. Los dos habían tenido suerte, pensé, alejándome en la noche. Y yo también. Creo que estuve caminando a través de la espesura y de las sombras nocturnas cosa de una hora larga. A veces, el soplo de la brisa nocturna en los matorrales, me hacía temer una persecución imaginaria, que pronto quedaba descartada.

Eludí las rutas principales, para alcanzar una carretera vecinal bastante tortuosa y en mal estado. Tuve suerte otra vez. En un paraje desolado del lugar, estaba aparcado un coche con las luces apagadas. Creí que estaba vacío, pero cuando llegué cerca, comprendí mejor la situación. Dentro sonaban jadeos. Pegado al vehículo, espí su interior, aunque no tengo vocación de *voyeur*.

Como sospechaba, dos jóvenes aparecían enroscados dentro, con el asiento abatido. Se veían los blancos muslos desnudos de ella y él empotrado entre ambos, soltando balbuceos de placer. Ella gemía como una condenada y pataleaba cada vez más. Se agitaron un poco, y un par de pechos jóvenes y lechosos se desparramaron en la penumbra.

Fui compasivo y les dejé terminar. Luego, asomando mi revólver por la ventanilla entreabierta, les conminé con calma:

—Y ahora, fuera los dos de ahí —les oí gritar, asustados—. No teman, no voy a violar a nadie. Sólo quiero que salgan del coche sin

intentar nada. No me gustaría que este bonito romance terminara a tiros, muchachos.

Yo conocía bien la casa de Bruce Cochran.

Me había llevado a veces allí cuando éramos socios y yo creía que él era un buen tipo. Por fortuna para mí, pronto averigüé que vivía en el mismo lugar. Un edificio de apartamentos en Ashland Avenue, cerca de Garfield Boulevard. Allí seguía figurando su nombre en un buzón, como pude comprobar en el portal de la casa.

Subí al piso siete, donde se alojaba, sin usar el ascensor siquiera. Una idea bullía en mi mente desde que tuve la gran fortuna de poder evadirme otra vez en mi viaje a la penitenciaría. Había conocido a un tipo que me caía bien, pese a ser policía. El teniente Murdock parecía ser todo lo que no era Dashwell: honrado, eficaz, sincero y hasta buena persona. Me había sugerido algo, acaso esperando que yo pudiera ayudarlo en ese sentido: ¿estaba Cochran implicado en el feo negocio de las películas porno con niños dados por desaparecidos?

Si Pamela Gordon lo estaba, y era amiga de Solly, si Jagger lo estaba y era cliente de Cochran, si mi mujer lo estuvo y la habían asesinado en mi propio piso, con mi propia pistola, ¿por qué no pensar que Cochran podía estar bastante metido en aquella basura? Eso es lo que quería poner en claro de una vez por todas.

Llegué al piso séptimo, puerta

7-F.

El apartamento de Cochran. Ahora el problema estribaba en poder entrar. Si reconocía mi voz, no me dejaría pasar ni loco. Y no podía liarme a tiros con la cerradura, como hice en el coche celular. No había vuelto a Chicago esa noche, conduciendo el coche de una pobre pareja enamorada, para organizar un festejo lo bastante ruidoso como para devolverme a mi celda en pocos minutos.

Cuando estuve ante aquella puerta, mis problemas se terminaron de súbito. No hacía falta llamar ni pegar tiros. La puerta estaba entreabierta, era obvio.

Arrugué el entrecejo. Cochran era desconfiado. Y más ahora, si sabía que yo estaba otra vez libre. No iba a dejarse abierta la puerta en plena noche. Aquello podía muy bien ser una trampa. Una trampa para un idiota llamado Lyman Kearny.

Corrí el riesgo, a pesar de todo. Con el revólver en mi diestra,

empujé con la punta de mi pie la puerta, pegado al muro lateral. No pasó nada. La entrada se abrió lo suficiente para mí. Había luz eléctrica encendida en el interior. Permanecí quieto unos segundos. No pasó nada.

Me aventuré. Salté al interior, apuntando ante mí. Casi me sentí ridículo. Estaba encañonando a mi propia persona, reflejada en un espejo.

«Diablo, casi había olvidado que tengo otra cara, y me lío a tiro limpio», fue lo único que se me ocurrió pensar, mirándome a mí mismo con cierta expresión burlona y despectiva. Aquella máscara que de tan poco me había servido, estaba ahora, por si fuera poco, desfigurada por los golpes brutales de Dashwell. Pero aun así, tampoco había sufrido demasiado deterioro. Simplemente, mi querida Leslie me había convertido en un hombre bastante feo. Y total, para nada.

Seguí avanzando, hasta llegar a un *living* que yo conocía bien, iluminado por tres lámparas de rincón con grandes pantallas ocre. Un televisor permanecía encendido, conectado a un aparato de video. Desde una cama, me sonrieron dos adolescentes morenas, una de rasgos orientales, totalmente desnudas. Ninguna tendría más allá de los catorce años. Sonreían con algo que pretendía ser procacidad y resultaba una lamentable mezcla de estupidez y desconcierto. En el campo entró un tipo robusto, generosamente dotado por la madre naturaleza. Sentí cierta envidia de él, pero ese sentimiento se trocó en repugnancia, cuando las dos criaturas de la cama se lanzaron ávidamente sobre él para iniciar un juego soez y lascivo crudamente expuesto en primeros planos, con una banda de sonido bastante nítida.

Tragué saliva. ¿No quería el teniente Murdock pruebas de cierta clase de porno filmado que no se encuentra en las *sex shops*? Pues allí tenía una bien evidente.

Me incliné y apagué el televisor. Dije en voz alta, de malos modos:

—Será mejor que salgas de donde estés, sucio marrano. Sal deprisa, o te vuelo la cabeza a balazos, Bruce, hijo de ramera.

Sonó un ruido ahogado en el dormitorio. Pasos apagados, de pies desnudos en la moqueta. Me volví revolver en mano. Lo amartillé sin vacilar. Estaba dispuesto a cumplir mi amenaza si

Cochran trataba de jugarme alguna mala pasada.

Pero no era Bruce Cochran, mi exsocio, el que salió desnudo del dormitorio. Era Vivian. Vivian Vaal, la bonita *strip-teaser* del Golden, la rubia de los senos majestuosos. Nunca como ahora destacaron ante mí en toda su tremenda agresividad, apuntándome con sus gruesos pezones sonrosados desde la cima de aquellas masas nacaradas y robustas. Estaba llorando y bastante pálida, pero eso no afectaba para nada a la firmeza y abundancia de sus glándulas mamarias.

—Hola —saludé fríamente—. Te falta la orquesta y el foco, preciosa. ¿Es aquí donde ensayas?

Me miró largamente. Rompió a llorar, no sé por qué. Cuando llevó sus manos al rostro, recogió entre sus brazos los dos pechos, y creí que se tataría con ellos la cara.

—No es lo que crees —gimió roncamente—. Bruce me hizo venir. Vengo a menudo por esta casa. Bruce me obliga a ello.

—Ya. ¿Y dónde está ese angelito ahora? ¿Lavándose la cabeza?

—Algo parecido. Pero no se entera. Está en la ducha, Kearny. Está... está muerto.

Y por si eso fuera poco, en alguna maldita parte, demasiado cerca de la casa, sonó el eco de una sirena policial, allá en la noche de la ciudad.

Sólo tuve tiempo de echar una ojeada y salir corriendo del apartamento con Vivian a mi lado, antes de que los policías invadieran la zona. Naturalmente, no podía llevarme a Vivian como si fuera *Lady Godiva* en su famoso paseo a caballo, de modo que le puse de prisa y corriendo una blusa y un pantalón, calzó unas sandalias y salimos de estampida.

Antes, había visto fugazmente a Bruce Cochran, mi viejo socio. Estaba recibiendo el agua de la ducha en su cuerpo desnudo, bajo el chorro, encogido en la bañera, pero eso a él le daba igual. Estaba muerto y bien muerto, como dijera Vivian. Alguien le había metido una bala en la nuca, y no sé por qué, sospechaba que con una 38.

Tuvimos el tiempo justo de salir del edificio, cruzar la calle y meternos en un cercano *snack* que apestaba a *catsup* y a hamburguesas. Pedí dos cafés y nos sentamos al fondo de la sala, desde donde se podía ver oblicuamente la calle a través de uno de los ventanales.

Fuimos espectadores de primera fila de la llegada de tres coches patrulla de la policía, el cerco de la zona en torno a la casa de apartamentos, y el destello intermitente de luces rojas y azules.

Vivian temblaba como si continuara desnuda. La cucharilla del café sonaba en la taza como un campanilleo mientras daba vueltas a la infusión sin ponerle siquiera azúcar o leche. Traté de serenarla apretando su brazo con fuerza sobre el mantel.

—Calma, Vivian —sonreí—. Eso formaba parte del espectáculo. Te hubieran cogido con el difunto, si no llego tan a tiempo. Nuestro asesino tiene un peculiar oportunismo con sus llamadas a la policía. O lo mide todo muy bien. Porque tú no habrás liquidado a Cochran, ¿verdad?

—Cielos, no, juro que no —me miró asustada—. Llamaron a la puerta mientras trataba de ponerme en situación con uno de esos horribles films que él tiene... Al ir a abrir me dijo que me quedara en la alcoba y cerrase la puerta. Obedecí. Alguien entró, hablaron. Fueron a la ducha, oí el agua... Imaginé que fingía estar a punto de ducharse. Compréndelo, iba desnudo. Tuvo que ponerse un batín para ir a abrir.

—Ya. Y su visitante le mató mientras se duchaba. ¿Oíste la voz de ese tipo? ¿Algo que le identificara?

—No, Kearny —negó, tragando saliva—. Estaba muy asustada. Sólo oí rumor de voces. El visitante hablaba en tono bajo. No podría saber siquiera si era hombre o mujer.

—Entiendo —agité ante ella la *cassette* que había arrancado del vídeo antes de salir disparados del apartamento—. Esto puede ser una prueba contra alguien, Vivian. Pero necesitaré más, si quiero que la policía me ayude algo a salvar mi cuello. ¿Puedes decirme qué diablos está ocurriendo realmente aquí?

—No... no sé muy bien, Kearny —me miraba con unos ojos dilatados, llenos de terror y, aparentemente, de sinceridad—. Sé que existe el negocio. Yo misma he formado parte del rodaje a veces. Igual que tu mujer. Casi siempre era con niños o adolescentes. Y con niñas también. Hay muchas películas y videos, pero sólo los poseen personas asociadas al club.

—¿Club? ¿Qué club? —quise saber.

—El Club Eros. Legalmente, es sólo un círculo privado restringido, para caballeros de alto copete, especialmente para *vips*,

¿entiendes? La cuota es prohibitiva para quien no sea muy rico. Ésos son los más degenerados. El porno vulgar ya no les excita. Ni a ellos ni a ellas. Necesitan algo fuerte, muy duro. Esas niñas y niños satisfaces sus instintos. Hay sesiones en que el lleno es absoluto.

—Sobre todo, si matan a alguno de los «actores» infantiles en pantalla, ¿no? Y estoy hablando de matar de verdad, de asesinarlos ante las cámaras —dije duramente.

—Sí —ella bajó la cabeza, lívida—. Todos lo sospechamos, los que formamos parte del juego. Pero esas escenas se ruedan en solitario: director, cámara y personaje elegido. No dejaban de ser meras habladurías por un tiempo. Hasta que Bruce me confesó durante una borrachera que eso era cierto. Chicanos y vietnamitas de ambos sexos, sin familia. Drogados, pervertidos, prostituidos... y luego sacrificados en una orgía sexual ante las cámaras. Algo espantoso. No podía creerlo. Hasta que vi una de esas escalofrantes filmaciones... Dios, qué horror, Kearny.

—A pesar de ello, seguías en el negocio.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —Miró angustiada a los policías que se movían allá, entre focos y reflectores, entrando y saliendo de la casa—. Bruce me podía chantajear. Hacían hábiles mezclas con unas y otras escenas. Parecía que todos estábamos involucrados en esas masacres sexuales. Lo mismo hacía con Jane, tu mujer. Y con tantas otras.

—Cochran, ¿eh? ¿Y el Club Eros? ¿Quién lo dirige? ¿De quién es?

—De... de Phil Jagger, por supuesto.

—Jagger... —El nombre escapó de mis labios como un maullido de gato rabioso—. Hijo de perra... Lo imaginaba. Tenía que ser él... Si tuviera pruebas...

—Esa *cassette* que te llevaste es una prueba —apuntó Vivian—. Es uno de... de esos videos espantosos. Verás su final... Pone los pelos de punta, Kearny.

—Vaya, tuve suerte en algo —guardé la grabación casi amorosamente, pese a su odioso contenido—. ¿Puedo acusar a Jagger en relación con ese club y su gente, Vivian?

—Creo que puedes —asintió—. Hacen esta noche una sesión. A las dos de la madrugada, en el domicilio social de Western Boulevard. Avisa a la policía anónimamente. Pero nunca al teniente

Dashwell, de Homicidios.

—¿Qué? ¿Por qué no a ése? —rugí.

—Cobra de Jagger. Está comprado. Hay otros policías de esta ciudad en la nómina de Phil Jagger.

—Entiendo —mis mandíbulas chirriaron como goznes oxidados—. Esos bastardos... Supongo que el teniente Murdock no estará entre ellos...

—¿Murdock? ¿De la Brigada del Vicio? No, ése no. Le temen, lo sé. Saben que va tras ellos, que sólo necesitaría una prueba para aplastarles a todos...

—Pues juro que esta misma noche la tendrá —aseguré áasperamente, haciendo crujir mis nudillos sobre la mesa. Miré a Vivian—. ¿Por qué no te mataron a ti, ya que sabes tanto de esa gentuza, Vivian?

—Porque ellos no saben que yo estoy enterada. Fue cosa de Bruce; él me lo contó todo sin revelarlo jamás a nadie, por la cuenta que le tenía. Ellos se deshicieron de Bruce esta noche porque sabía demasiado. Si hubieran sospechado que yo estaba allí, tan cerca... ahora no estaría aquí contigo, Kearny.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—No sé. Deseoirme de esta ciudad, muy lejos. Volver con mi familia. Yo soy de Kansas, ¿sabes? Me gusta Kansas. Tengo tíos, primos... Pero pensé que la ciudad era mejor que nada, Kearny. Para ganar dinero, fama, para triunfar...

—Ya ves que no es así, preciosa. En Kansas se está mejor que aquí. En casa siempre se está mejor que en ningún sitio. Y esto, precisamente, no es Oz^[2].

—Lo sé —sonrió entre lágrimas y me miró agradecida—. Yo tampoco soy Dorothy. Ni busco nada sobre el Arco Iris. Sí, Kearny. Me iré a Kansas. Esta misma noche... Tengo algo de dinero guardado en un sitio. Iré a por él y tomaré un avión o un autobús... Lástima...

—¿Lástima de qué? Esta ciudad no merece tus lamentos, preciosa. Es simple basura.

—No lo decía por la ciudad... sino por ti —me tomó una mano entre las suyas—. Me gustas de veras. Mucho. Quisiera... estar contigo a solas antes de irme de aquí.

—Ya estamos los dos a solas, Vivian —sonreí.

—Tú ya me entiendes —suspiró—. Pero sé que es inútil. Eres una especie de caballero andante. Y ya tienes a tu dama: tu cuñada, ¿verdad? ¿O esa doctora?

—Tú sabes mucho. Pero no la respuesta. Yo tampoco la sé —sonreí—. Haces bien en irte lejos. Aún es tiempo, no dejes que te hundan todavía más en el fango. Hay veces en que es demasiado tarde para salir de él, créeme.

Tomé su mano con las mías. Se la besé. Casi se emocionó. Fuera, continuaba el trasiego de policías, ambulancia y todo eso. Por fortuna, el *snack* tenía dos salidas. Lo abandonamos por el lado opuesto. Dejé a Vivian Vaal camino de su Kansas natal, en un cruce bien alumbrado. Antes, me besó en los labios. Su boca era cálida y húmeda. Sus pechos, al apretarse contra mí, fuertes y palpitantes.

Pero se fue. No hice nada por retenerla un minuto más. No quería que peligrara su regreso al hogar. Vivian se jugaba demasiado en ese envite para causarle daño. Me sentí como un buen samaritano cuando eché a andar por las calles de Chicago, rumbo a alguna parte, rumiando algo en mi cabeza, con aquella espantosa *cassette* de video en mi bolsillo y un informe confidencial en mi mente. Desde una cabina pública llamé a la Brigada del Vicio. Murdock no estaba. Le dejé el recado de la sesión de cine privado del Club Eros, en Western Boulevard, aquella misma noche, a las dos de la madrugada.

Luego, sin saber qué hacer, me metí a pensar en un cinematógrafo de sesión continua, mi refugio predilecto. Esta vez tuve suerte. No era cine porno, sino antiguos filmes policíacos y de aventuras. En unas pocas horas, me tragué El Halcón Maltés, de Bogart, China, de Alan Ladd, y La Dama del Lago, con Robert Montgomery. Tres reliquias que me divertieron bastante más que los asquerosos bodrios que filman hoy en Hollywood. Y además, tuve ocasión de pensar, de atar cabos...

Cuando abandoné el cine, eran casi las tres de la madrugada y sólo quedaban en la platea unos cuantos vagabundos, algunos fanáticos del viejo cine del *star system* y unas cuantas furcias aburridas o cansadas.

A estas horas, algo debía haber ocurrido ya en el Club Eros, me dije caminando por las bien alumbradas calles de la urbe, pero lejos de los puntos demasiado concurridos. Y tras una serie de

indecisiones, volví a visitar a alguien que, posiblemente, distaba mucho de esperarme en estos momentos.

Cuando Dolly me abrió otra vez, no se desmayó como la primera vez. Sencillamente me miró asustada y cerró tras de mi apresuradamente.

—¡Tú! —balbuceó—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Iba casi desnuda, sólo con un batín corto, mal anudado, que permitía ver sus grandes pechos bailoteando y sus largos muslos bronceados. Para una nudista como ella, ya era algo.

—Necesito dormir un poco —dije—. Tengo sueño. Estoy agotado. ¿Hay peligro?

—Me temo que sí. Ellos vigilan todos los lugares que tú puedes frecuentar. El teniente Dashwell estuvo aquí esta noche. Me amenazó seriamente si no cooperaba con la policía. Lyman, no hay sitio seguro para ti. Incluso lo del *bungalow* de Jagger falló, ¿no es cierto? Ese maldito Dashwell piensa en todo...

—Sí, sobre todo cuando alguien le informa de ello —asentí, apoyándome en la pared y encendiendo un cigarrillo como lo había visto hacer poco antes a Boggie en la pantalla—. ¿Por qué les informaste de eso, Dolly? ¿Por qué me seguiste hasta casa de Sheree para saber quién me protegía? ¿Por qué la mataste y dejaste la tarjeta de la doctora Cox como si no supieras adónde había ido yo a cambiarme de cara?

Mi cuñada me miró estupefacta. Palideció intensamente y abrió mucho los ojos, como si no diera crédito a lo que le estaba diciendo. También su batín se abrió y sus pechos desnudos volvieron a encañonarme, pero ya no me decían nada.

No era a mi encantadora y deseable cuñada a quién estaba mirando ahora, sino a la asesina de mi esposa Jane, de mi amiga Sheree, de mi exsocio Cochran...

—Te dije que ese tipo sería capaz de sospechar de ti, querida —jadeó una voz ronca, desde el fondo del recibidor—. Ahora hay que matarlo también a él...

La gorda, repulsiva y hombruna Pamela Gordon, semidesnuda, obscena y bestial, estaba allí, con su brazo y su pierna rotos, apoyándose con la otra, armada con una pistola automática.

De calibre 38, naturalmente.

CAPÍTULO IX

Me hicieron pasar a empellones hasta el *living*, después de quitarme el revólver que yo consiguiera del policía del coche celular. Pamela Gordon me miraba con tal odio, que estaba seguro de que sólo esperaba un mínimo pretexto para coserme a balazos sin la menor compasión.

Sólo las palabras de Dolly impidieron que apretara antes el gatillo:

—No, Pam, no le mates. No aún. Es posible que las cosas puedan arreglarse.

—Lo veo difícil —gruñó Pamela—. Es un asqueroso bastardo que nos vendería en cuanto pudiera.

—Pero no puede —le recordó ella, mirándome burlona mientras Pamela me empujaba hasta el *living*, cojeando ostensiblemente y con su pistola hundida en mis riñones.

Una vez allí, me hicieron tomar asiento con un gesto. Las miré pensativo. No me hacía ilusiones. Estaba en manos de dos harpías, una de ellas mi propia cuñada. Había demasiado en juego para que respetaran mi vida.

—De modo que lo sabes todo —habló Dolly sin quitar sus ojos de mí.

Contemplé su cara atractiva, sus hermosos pechos desnudos ahora, tras el batín abierto. Me había gustado antes, incluso estando casado con su hermana. Ahora no me excitaba. Dolly era una asesina. Una fría y despiadada asesina.

—Sí —afirmé—. Lo sé todo.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Sumando dos y dos. Saqué cuatro, y comprendí que eras tú la persona a quién estaba buscando por toda esta cochina ciudad dando palos de ciego. Sólo tú sabías en Chicago que iba a ocultarme en casa de una buena amiga. No te dije su nombre, pero era igual.

Te sobraban medios para seguirme hasta allí. Eras la única también que sabía que estaría con Leslie en el *bungalow* de Oak Park, puesto que tú misma nos enviaste allí, para avisar luego de inmediato al teniente Dashwell, un hombre incluido en vuestra nómina de sobornados.

—¿Nuestra nómina? —sonrió burlona—. ¿De quiénes, querido cuñado?

—Tuya y de Jagger. Eres socio suyo, ¿verdad? Diriges el cotarro en la sombra.

—Eres muy listo. Sí, yo dirijo los asuntos a mi modo. Jagger pone el dinero, yo el cerebro. No soy una estúpida como mi difunta hermana Jane. Yo tengo inteligencia, ambición. No necesito desnudarme, hacer pornografía ante una cámara ni acostarme con tipo alguno para sobrevivir y hacer fortuna. Hay otros medios mejores.

—Supongo que sí. Te conformas con acostarte con Pamela Gordon, esa bola de sebo, ¿verdad? —Reí, mirando despectivo a la lesbiana de la pierna rota.

—¡Hijo de cien perras, te volaré la cabeza! —aulló Pamela.

—Calma, querida —se apresuró a contenerla Dolly con una voz fría y seca que destilaba autoridad—. A él le gusta molestarte, no le caes bien.

—Ni él a mí, asqueroso bastardo —jadeó la hombruna mujer.

—Dejemos eso ahora, Pam. Dime, Lyman, ahora que lo sabes todo, ¿qué piensas hacer?

—Entregarte a la ley. No a Dashwell, sino a un verdadero policía insobornable. Se ha terminado vuestro sucio juego de porno y sangre, Dolly.

—Es tu juego el que se ha terminado —rectificó desdeñosa, con una helada sonrisa, mientras se inclinaba sobre mí y ponía sus pechos en mi cara, para exasperación de su amante—. Pudimos hacer grandes cosas tú y yo, querido Lyman. Me gustabas. Siempre me gustaste. Pero has ido demasiado lejos. Ahora ya no hay retorno posible.

—¿Por qué mataste a tu propia hermana, Dolly? —musité.

—Tuve que hacerlo. Cobraba de Jagger, pero no conocía mi papel en sus negocios. La muy estúpida vino a confesarme a mí, precisamente a mí, que estaba harta de todo, que acababa de saber

que mataban a niños durante el rodaje, para placer de sádicos, y que iba a denunciarlo. Tuve que confesarle la verdad, pero eso la horrorizó más aún y me advirtió que también estaba obligada a denunciarme a mí. Discutimos, la amenacé con su propia arma, la tuya. Tú estabas demasiado borracho para saber nada de nada. No sé cómo, disparé. Estaba furiosa, asustada. Me di cuenta de que la había matado. Ya no había remedio. Dispuse las cosas para culpar a alguien. Tú eras el sospechoso ideal, de modo que lo arreglé de esa manera.

—¿Y a Sheree? ¿Por qué a ella?

—Te hice seguir, supe dónde te ocultabas. Entré en el piso cuando ella estaba ausente, para saber lo que podía hacer antes de que fueras un riesgo para mí. Ella me sorprendió allí, llegando antes de tiempo. Tuve que matarla, porque enseguida sospeché mi papel en el asunto. Vi esa tarjeta de la doctora Cox y preparé mis medidas para cuando cambiaras de rostro.

—Así me llevaste a la emboscada, y Pamela hizo su papel, fingiendo amenazas con cortar tu cuello. Nunca estuviste tan segura. Todo era farsa.

—Y tú te pasaste en tu papel de héroe, y le metiste dos balazos —rió Dolly.

—No lo hice por ti, sino por lo que tus esbirros habían hecho con Leslie.

—Leslie... Te gusta esa chica, ¿verdad?

—Sí, me gusta mucho.

—También te gustaba yo, ¿no? —me desafió, rozando sus pechos con mis labios, provocativa.

—También, sí. Pero ahora sé lo que eres y no me gustas nada, Dolly. Dime aún algo más: ¿por qué asesinaste también a Cochran?

—Ese imbécil... Estaba aterrorizado, pensaba huir de la ciudad, esconderse. En mi negocio no se puede tener piedad, Lyman. También los que saben demasiado son un peligro. Tú, por ejemplo.

—Por eso vas a matarme, ¿no? —suspiré.

—Sí —se echó atrás, separando sus soberbios senos de mi cara. Hizo un gesto cansado hacia su amiga lesbiana—. Hazlo, Pam. Mátao. No hay otro remedio, lo siento.

Entonces salté en mi asiento. Me arrojé sobre Dolly como un tigre. Pamela Gordon apretó el gatillo. Sonaron los estampidos en la

casa, ahogados por el silenciador. Estalló un espejo a mi espalda. Noté una quemazón dolorosa en el hombro, pero ya tenía cogida a la sorprendida Dolly por la cintura y las caderas. La apreté contra mí, como si quisiera violarla, pero no era esa mi intención, desde luego. Su cuerpo casi desnudo se interpuso entre las balas de su amante y yo. La oí chillar cuando le alcanzaron dos proyectiles en la espalda y los glúteos. Se agitó en mis brazos, convulsa, y su estúpida, furiosa amiga, siguió disparando sobre el cuerpo femenino que me servía de escudo contra la muerte.

A espaldas de Pamela restallaron vidrios rotos. Una voz abrupta la conminó:

—¡Quieta! ¡Tire ese arma de inmediato y alce sus brazos!

Pamela Gordon, arrastrándose sobre su bastón, revolvió su gordo cuerpo hombruno, soltó una sarta de blasfemias y trató de disparar sobre los hombres armados que aparecían en la ventana del *living* asomada a la escalera de incendios.

Uno de ellos disparó sin contemplaciones. La alcanzó de lleno en la cabeza, y un trozo de cráneo de aquella harpía saltó en pedazos, entre chorreones de sangre y masa encefálica rota. Perdió un ojo y parte del cuero cabelludo, mientras soltaba el bastón, oscilaba pesadamente y se iba de bruces contra el suelo, donde chocó con sordo impacto.

Me quedé contemplando al teniente Murdock y a sus acompañantes, que invadían la estancia con rapidez. Alguien me arrancó de los brazos el cuerpo agonizante de Dolly, que musitó con su vidriosa mirada fija en mí:

—Debí imaginarlo... Tú me trajiste... mala suerte... Lyman.

Cayó, vomitando sangre. Pero aún no estaba muerta. Un policía llamó por teléfono, pidiendo urgentemente una ambulancia. Murdock me miró el hombro, ceñudo.

—Le han herido, Kearny —dijo.

—Sí —asentí, notando cómo la sangre empapaba mi chaqueta—. ¿Cómo diablos supo...?

—Rodeábamos la casa. Un micrófono direccional grabó todo cuanto aquí se dijo. Creo que acaba de salvar su pellejo definitivamente, Kearny.

—¿Cazó a Jagger y los demás?

—Todos están en la jaula, con una horrible película como

evidencia —asintió—. Hice bien en prepararle la fuga del coche celular. Y seguirle luego, claro está.

—De modo que fue preparado... —balbució—. Ya me pareció demasiada fortuna el vuelco, los policías inconscientes... Todo muy fácil, teniente. ¿Usted creyó en mí?

—Sí. En usted, sí. En Dashwell, no. Vamos a meterle en cintura ahora.

—¿Y la doctora Cox...? —indagué.

—No tema, ya la avisé —sonrió Murdock—. Viene de camino. Le ayudará a curarse de ese hombro herido, estoy seguro.

—Sí —asentí—. Yo también lo estoy, teniente...

FIN



8 410018 020273

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Desgraciadamente verídico. < <

[2] Alusión al famoso cuento de Baum, El mago de Oz. Dorothy, su protagonista, también vivía en Kansas, y cuando regresa a casa, al terminar la aventura, comenta eso mismo de que «se está mejor en casa que en ningún sitio». (N. del A.). < <